



Culpable
PILAR CHÁFER

AGRADECIMIENTOS

No puedo poner el punto y final al libro, sin antes dar mi más humildes y sinceras gracias a:

Mi familia, la cual está me apoya y está a mi lado en cada momento de este sueño tan especial. Ellos son mi fortaleza y de ellos aprendí a no rendirme nunca. Son los primeros que me animan a seguir escribiendo, a seguir luchando por mis sueños futuros y sé que nunca van a dejar de tenderme su mano. No hay poder más fuerte que el amor de aquellos que te quieren.

A ***Maite y Leticia***, hermanas y mejores amigas, de las que te dicen todo con la más pura verdad y sinceridad. Las más críticas. Gracias por no dejar de animarme a seguir hacia adelante, a seguir haciendo locuras juntas o en solitario, a darme el empujón necesario cuando el miedo quiere apoderarse de mí, por vivir todas estas nuevas experiencias junto a mí y por todas esas risas aseguradas con cada conversación o salida. Dicen que quien tiene una amiga, tiene un tesoro, y yo tengo a las mejores a mi lado. Soy muy afortunada de tenerlas en mi vida.

A ***Loli***, a quién conocí en Wattpad y también tuve el placer de conocer en persona, un día de verano del 2018. Una escritora fantástica y que ha estado en todo el proceso de creación de Richard y su historia. Ambas sabemos que podemos contar la una con la otra y, como no, adelantarnos spoilers que nunca me cansaré de pedir. Partícipe de adelantos para pedir su versión crítica y ella, amable, me decía todo lo que pensaba. Es un placer tenerte a mi lado, no solo como escritora, de la que aprendo muchísimo; sino también como amiga.

A ***Alazne González***, por estar desde mis inicios de la saga hasta Culpable, quién también me dice la más pura verdad y la cual me conoce muy bien, tanto que sin verme, sabe, a través de mis escritos, cómo puedo estar. Aprendo mucho de ella y, ¿qué puedo decir? Es una maravillosa persona.

A ***mis lectores de Wattpad*** que me han apoyado capítulo tras capítulo con sus maravillosas palabras, de una manera incondicional con cada uno

de mis escritos e historias. Sois muy grandes y siempre lo digo: ¡tengo a los mejores! *¡Esos Viviloqueros cómo molan se merecen una olaaa!*

Y por supuesto, gracias **a ti**, por darme la oportunidad de hacerte vivir una historia llena de sentimientos y que espero hayas sentido.

CAPÍTULO 1

Siento el frío metal cuando el policía me pone las esposas. Las aprieta y me levanta de un tirón. Varios agentes se sitúan detrás y delante de mí. Los gritos y los abucheos son lo único que recibo de aquella gente que me conoce desde que era un crío, vecinos que sabían cómo era y soy y, aun así, me juzgan sin saber nada de lo que pasó. Algunas personas incluso aplauden y sonríen satisfechos por la labor que ha hecho la justicia, puesto que han detenido a un asesino que acabó con la vida de dos personas inocentes y buenas; dos personas que se amaban con locura e intentaban formar una nueva familia después de que la vida no les sonriera con sus anteriores parejas.

¿Cómo se puede juzgar a la gente sin saber nada de su vida?, ¿cómo pueden arruinar la vida de alguien con una simple palabra? ¿Todos los culpables lo son? ¿Y todos los inocentes?

Me agachan la cabeza y dejo caer todo mi peso en la parte trasera del coche. Esos aullidos feroces, disminuyen hasta dejar de escucharlos al tiempo que nos alejamos de ellos. Uno de ellos enciende la radio y me observa de reojo hasta que decide preguntarme por qué lo hice. Se ríen al contarles la verdad, por lo que me callo y no les digo nada más. Se puede palpar la poca inteligencia, demostrando que son iguales que el juez que me ha condenado hace un par de minutos.

Detienen el coche delante de la comisaría y me sorprende. ¿No son ellos los que me tendrían que llevar a la prisión?

Me ayudan a salir del coche y me llevan a una pequeña habitación, donde me quitan las esposas y me entregan un mono naranja y unas deportivas blancas. ¡Hay que joderse! Esto me recuerda a las típicas películas de presidiarios, la misma ropa, el mismo calzado. Comienzo a cambiarme y me doy cuenta de la pequeña cámara que han intentado esconder en la ventana. Les hago posturas frente a ella, dejando que vean por completo mi cuerpo y me burlo de ellos. Golpean la puerta, furiosos, y luego la golpeo yo, una vez me he cambiado.

De nuevo, esas frías esposas rodean mis muñecas, alejando a la libertad que tanto derecho tengo a tener. Sé que todo esto es una medida de seguridad, pero no les haría nada, porque yo no soy la persona que todos creen que soy. Ya me han juzgado por lo que piensan que he hecho, sin embargo, solo yo sé lo que pasó aquel día en el salón de mi casa. Ese momento que pasó tan rápido, destrozando mi vida y haciéndola añicos.

Al salir de la comisaría, un autobús está parado enfrente. Ya hay gente dentro, mirando por la ventana al nuevo, o sea, yo. Uno de los policías recorre el pasillo conmigo hasta sentarme al lado de un chico delgado, con ojos rojos y tocándose la nariz repetidamente. No es difícil deducir por el mundo en el que se mueve. Un consumidor nato y adicto. Me observa por un momento hasta que vuelve a agachar su cabeza mirando el suelo.

Tardamos un rato en arrancar. Se han dejado los papeles que tienen que entregar cuando lleguemos a la que será nuestra nueva casa, la prisión del estado; donde delincuentes, asesinos, violadores, la llenan con su maldad. He oído muchas historias sobre ella y sobre gente que ha muerto a manos de hijos de puta inhumanos como lo era Ronald.

El policía cierra la puerta que nos separa y la golpea con una sonrisa burlona y advierte con la mirada a varios jóvenes que están sentados más adelante. Estos se miran entre sí y esperan a que arranquen para hacer de las suyas. Los policías aporrean la puerta y les vuelven a avisar. Asienten y se levantan golpeando a otros dos chicos que están al lado. ¿Por qué no llevan las esposas? Hay que ser idiotas para dejarlos así, estoy seguro de que ni se habían dado cuenta. Aporrean la puerta como si eso fuera suficiente para detenerles. Uno de ellos se aleja de la pelea y camina hacia nosotros con un trozo de cristal en la mano, el cual ya se ha encargado de cortarle y dejar huella en su palma. Las voces «alto», «estate quieto» se reiteran, pero no hace caso. Se detiene delante de mí y me mira con su mirada perversa y perturbadora. Ladea su cuello lentamente sin perder contacto visual hasta ver pasar el vidrio por delante de mis narices y terminar en el cuello del chico de al lado. Su cuerpo cae encima del asiento delantero, haciendo que toda la sangre caiga al suelo, salpicándome.

Los policías detienen la pelea y cogen al degollador que no deja de reír trastornado. Un viaje movido, no cabe la menor duda. Me indican que me siente detrás y eso hago, mientras veo como intentan solucionar esta

situación. Si yo fuera su jefe, no volverían a trabajar, porque estarían más que despedidos.

A mi lado se sienta un hombre de unos cincuenta años que también se ha querido escapar de todo el meollo que han provocado los más jóvenes del autobús. En cuestión de minutos, llega la ambulancia y los refuerzos. A todos los demás, nos suben en diferentes coches para llevarnos a la prisión.

—Si intentas algo, tenemos permiso para disparar.

Ni les contento ante la estupidez que acaban de decir. Yo no hago daño a quien no me lo hace. Solo hice la justicia que me correspondía.

El camino es largo y silencioso. Las miradas de los policías se alternan por el retrovisor y yo, bromista, les enseño las esposas y me rio de su cara. Hay que ser idiotas para intentar algo en el coche y querer perder la vida. Hay que cumplir con las consecuencias de nuestros actos. Soy culpable, así me declararon y así me declaré al finalizar el juicio. Aunque, yo no soy un asesino, él sí.

El coche se detiene delante de mi nueva casa. Observo las altas verjas que ponen fin a mi libertad, arrastrando conmigo la condena impuesta por el juez. Este lugar es sombrío y frío. Nada que ver con las películas, esto es deprimente.

Los policías no me empujan, ni tiran de mí. Camino entre ellos hasta llegar a una sala donde se detienen. Primero entra uno de ellos y luego nos hace pasar. Me sientan en la silla que hay enfrente de un enorme escritorio y se colocan tras de mí. De la nada aparece un hombre mayor con cara de pocos amigos, y una chica con su misma cara. ¿Viva el enchufe?

CAPÍTULO 2

Uno de los policías le entrega los papeles que llevaba en las manos a la chica que los ojea mientras intercala miradas conmigo. Me siento de lo más observado, como si fuera una estrella de cine. Esto me produce risa y no dudo en mostrarla, la cual molesta a las dos personas que hay frente a mí.

—¿Te hace gracia estar aquí? —pregunta el hombre, acercándose con la silla.

No contesto. Me recuesto en el respaldo y, ambos, al unísono, levantan la ceja izquierda; no pueden negar que son padre e hija.

—¿Te crees gracioso? Creo que no te has dado cuenta de donde te encuentras. Aquí no vas a estar rascándote las pelotas sin hacer nada. Si quieres algo, te lo vas a tener que ganar y, con esa actitud, no vas a conseguir nada. —Sonríe burlón—. Tal vez, una paliza de algún compañero.

La chica rueda los ojos y hace un gesto gracioso con los labios. Vuelve a mirarle a él, después de observarla a ella.

—Si alguien me pega una paliza será porque no hay seguridad y, a vosotros, os importa una mierda si alguien muere o no. ¿Técnicamente no sois los que deberíais mantener la paz?

—Aquí hay normas que tienes que cumplir. —Pone el dedo inquisitorio sobre la mesa, cambiando de tema porque sabe que ha metido la pata con su famosa frase—. Si no lo haces, pagarás las consecuencias.

Levanto los hombros dándome igual lo que me diga este vejestorio y me cruzo de brazos. Su hija no deja de apuntar cosas en las hojas que le han dado, hasta que lo deja todo encima de la mesa y apoya una mano en el hombro de su padre.

—Esta es Carol, la psicóloga de la prisión. Tienes suerte de tener veinticinco años y entrar en el plan juvenil para rehabilitar a los jóvenes sin cerebro como tú.

—De momento y, por lo que he leído en tu informe, irás al pabellón naranja hasta comenzar con tus sesiones.

—¿Me vas a lavar el cerebro?

—Yo no le lavo el cerebro a nadie. De mí depende que salgas pronto o no salgas nunca; igual que de subir o bajar de una sección a otra. Hay tres: la verde, la naranja y la roja. Te aseguro que no querrás ir a la última.

—Llévadlo a su celda, allí tiene todo lo que debe saber.

—Y si sabes leer, léete esto también.

Me echa unos papeles encima y los agarro antes de que caigan por el suelo. Así que la futura heredera de todo esto, tiene carácter...

Los guardias me llevan a mi celda por esos pasillos largos y deprimentes. Gritos y risas perversas hacen de esta sección su banda sonora. Nada más parar enfrente de la celda se abre y, el que será mi compañero, me mira por un momento para volver su mirada al libro que tiene entre manos. Nos encierran y me dejo caer en la cama, incómoda, como no. Cojo todos los papeles y comienzo a leerlos.

A las ocho el desayuno, luego, como casi todas las mañanas, el curso de plan juvenil. Después comida; a las cuatro, sesión con la señorita carácter y para terminar hacer el vago hasta la hora de la cena. Tengo que admitir que ver el horario me ha recordado a la época del instituto, donde la palabra «patio» era la que estaba escrita con letras bien grandes. Esto va a ser más duro de lo que había pensado.

Dejo bocabajo los papeles y comienzo con los que me ha entregado la señorita carácter. Hablan sobre el plan juvenil y la función que tiene. No importa, así que lo ignoro todo y me tumbo de lado, hacia la pared, dándole la espalda a mi compañero. No quiero sesiones ni hostias con vinagre. Nada de eso le devolverá la vida a la mujer que me dio la vida, ni al gilipollas de su novio.

A las dos se abren las puertas y sigo a mi compañero hasta llegar al comedor. Varios guardias se pasean por el lugar mientras entramos. Veo sentarse a muchos en grupo hasta que diviso una mesa solitaria en la esquina. Cuando ya estoy a punto de llegar, el hombre mayor del autobús me agarra y me arrastra hacia su mesa, en la que también está mi compañero. Qué casualidad...

—Tienes suerte de que mi padre te haya interceptado, si no hubiera sido tu primer y último día aquí...

—¿Por qué?

—Porque allí se sienta Snake y su pandilla. No tienen compasión por nadie y créeme, les encanta la gente nueva a la que poder torturar hasta matar.

—¿Por qué me has salvado?

—Porque sé que tú no deberías estar aquí tampoco.

—No sabes nada de mí.

—Eres el hijo de Marilyn y Jeff.

Una furia se apodera de mí al escuchar el nombre de mi madre y de ese miserable.

—¿Cómo sabes quién es mi madre?, ¡¿qué sabes de ella?!

Los guardias se acercan cuando ven que me levanto gritando, pero lo que no veo venir es el puñetazo que me da su hijo. Consigo golpearle varias veces, mientras su padre intenta separarnos. Comienzan los gritos y los golpes sobre las mesas, animándonos a seguir golpeándonos hasta que nos separan.

—¡Soltadme! —digo furioso.

¿Quiénes son ellos para saber de mí?, ¿cómo saben quiénes son mis padres?

Nos llevan a salas separadas y me dejan sentado en una de las sillas que hay a uno de los lados de la mesa. Cojo aire con la intención de tranquilizarme; mi paciencia está al borde del abismo. Ese imbécil no va a salir de rositas y su padre, tampoco. Dudo mucho que esa información se comparta con los demás presidiarios, además, venía conmigo en el autobús y seguro que se sentó a mi lado por alguna razón. ¿Serán amigos de Ronald?

La puerta se abre y, la señorita carácter, entra con el ceño fruncido. Es *sexy*...

Se apoya en la pared, frente a mí, con los brazos cruzados bajo sus pechos. No dice nada, solo hablan nuestros cuerpos. Yo exijo cosas que estoy seguro que ella va a negar. Así que decido romper el tenso silencio que hay entre estas cuatro paredes.

—¿Vas a decir algo o te ha comido la lengua el gato?

—Es tu primer día y has querido mostrar lo macho que eres. Te he dado un voto de confianza dejándote en la sección naranja, pero parece que te apetece más ir a la roja. —Se acerca hacia la mesa y arrastra la silla, que hace ese sonido chirriante y molesto, y se sienta sin dejar de mirarme fijamente—. No tengo ningún inconveniente en cambiarte de zona. Te recuerdo que allí están los presos más peligrosos y nunca jamás, volverías a ver la luz del sol.

¿Me quiere intimidar?, ¿a mí?

—No he empezado la pelea, puedes comprobarlo a no ser que manipuléis las cámaras de seguridad.

—No voy a...

—Quiero que, en vez de cambiarme a la sección roja, me cambies de compañero, porque te juro que si vuelvo a ver su cara se la rompo.

—No estás en posición de pedir nada y, si eso pasara, ten por seguro que te cambio de sección sin pensarlo.

—Tú tampoco tienes derecho a amenazarme. Ese gilipollas y su padre saben cosas sobre mí, que ni siquiera tú sabes. Esos dos traman algo y nada bueno.

—¿Cómo qué?

—Conocen a mi madre... y a Jeff...

—¿Solo por eso te has puesto así? ¡Cuántas cosas! —dice burlona.

No me hace ninguna gracia, para mí no es ningún juego. Ahora soy yo el que no está de humor para bromas ni chulerías. No me han transmitido nada bueno y casi nunca me he equivocado con esas cosas. Ellos saben mucho más sobre mí de lo que aparentan y, si vienen a por mí, va a ser muy fácil deshacerse de mí porque estamos en la misma celda.

Apunta algo en las hojas de dentro de la carpeta y me observa de nuevo. Respira profundamente y cierra la carpeta, dejándola sobre la mesa.

—No soy tu enemiga, aunque así lo creas. No quiero una nueva pelea, es mi último voto de confianza.

Debe ver reflejada mi desaprobación ante su magnífico último voto. Me da igual que no confíe en mí, ella no es nada.

—Hagamos un trato. Si eres capaz de comportarte y cumplir con tus obligaciones, averiguaré por qué saben tanto sobre tu familia y sobre ti. ¿De acuerdo?

—¿Por qué debería creerte?

—Soy tu única fuente fiable aquí y la única que te puede ayudar. Tu caso es como algunos de los de aquí, las versiones no encajan con vuestras declaraciones, por eso, cuando te han llevado a tu celda, he pedido el caso entero junto con las grabaciones del juicio. Te lo repito, yo no soy tu enemiga.

Siento, aunque sigo sin fiarme de ella. *¿Por qué me va a ayudar?, ¿qué motivos tiene para hacerlo?*

Me llevan a la celda y tumbado en la cama se encuentra el idiota de mi compañero con su estúpido libro. La sangre hierve por mis venas, tengo ganas de golpearle hasta cansarme, pero me contento. Ir a la sección roja, no es una prioridad para mí, aunque en este momento, no sé dónde estaría más protegido.

Me dejo caer en la cama e intento relajarme. Estoy demasiado alterado, aunque intente aparentar lo contrario con mi pasotismo ficticio. Mi madre lo ha sido todo para mí y está siendo mi punto débil. He sido muy tonto al mostrarlo, ahora saben dónde golpearme.

—Es mucho tiempo el que vamos a estar aquí, así que es mejor que nos llevemos bien —dice mi compañero en son de paz.

Me siento, apoyando los codos en las rodillas y este hace exactamente lo mismo hasta que me tiende la mano. Finalmente, estrechamos nuestras manos con un fuerte apretón.

—Estoy de acuerdo —digo, no del todo convencido.

—Además, necesito un chulapa como tú para protegerme de los hijos de puta que hay por aquí.

Maldito cerebritito cabrón.

CAPÍTULO 3

Después de poner bandera blanca entre nosotros, de nuevo, me vuelvo a tumbar en la cama. Miles de imágenes acribillan mi mente como llevan haciendo desde el momento en que ella se marchó. Ha pasado tanto en tan poco tiempo que me cuesta asimilar toda esta situación que se ha empeñado en hacerme la vida, cada día, más difícil.

¿Cómo puede cambiar la vida en un abrir y cerrar de ojos?, ¿cuánto dolor puede habitar en nuestro corazón después de ver como la persona a la que amamos está yacida en el suelo, sin poder hacer nada ni poder cambiar ese último segundo de vida? Ella murió por culpa de un borracho maltratador, que solo la utilizaba como un objeto sexual y la trataba como un trapo sucio. Ella era mucho más, ella se merecía a alguien mejor; alguien que estuviera en sus buenos y malos momentos, alguien que cogiera su mano y solo hablaran sus ojos, alguien que la amara con locura, alguien que la respetara y la valorara. Pero no, ese hijo de puta se tuvo que cruzar en su camino y destrozarnos la vida. Y es ahí donde la rabia se apodera de tu mente y no te deja pensar, no te deja sentir ni controlar los impulsos que te empujan a hacer algo incorrecto. Solo haces lo que crees justo, disparas y...

—¡Chulapa!, ¡chulapa!

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos al comedor.

—Joder, ¿y para eso me despiertas?

—¿Qué soñabas? ¡Estás empapado, perverso!

—Mal piensa, cerebritito.

Me levanto cansado. Tengo el corazón agitado y mucha rabia contenida en mis puños. Antes de salir de la celda y sacar de quicio al guardia que está esperando que salga, echo un poco de agua en mi cara para alejar todo lo que he soñado. Al final, salgo y vamos al comedor con paso tranquilo. No me gusta la idea de sentarme con mi compañero y su padre, sin embargo, es buena idea para sonsacarles información que me interesa.

Nada más sentarnos, noto como alguien me está observando. Ladeo un poco la cabeza, de forma disimulada y pasota, para ver quién es. En la esquina hay un grupo de presos, Snake y sus secuaces por lo que dijeron el cerebritito y su padre.

—Cuanto menos caso les hagas, mejor —dice el padre—. Soy Theo.

No les tengo miedo y si quieren pelea, voy a responder de inmediato. Ya maté una vez, y no me importaría hacerlo dos veces, si es mi vida la que está en peligro. Primero soy yo, puesto que yo soy lo único que me queda. Triste, pero cierto.

—¿Por qué estás aquí? Se oyen muchas cosas —pregunta, intentando de nuevo conversar conmigo.

—¿Y tú te las crees?

—Por eso te pregunto.

—Si estoy aquí, es por algo.

—Dudo mucho que el hijo de Marilyn sea un asesino a sangre fría.

—Piensa y cree lo que quieras.

Ni él me contesta ni yo hago por sacar un tema nuevo. Sé que iba a averiguar información, pero es pronunciar su nombre y el dolor gana una nueva batalla en mi interior. Además, que me haya “perdonado” con su hijo no significa que vaya a contarle mi vida ni tenga que darle explicaciones de lo que hice. Demasiado aguanté, con todo lo que veía día tras día y, por ella, porque me lo suplicaba, no hacía nada.

Un nuevo sonido comienza a sonar repetidamente y todos nos levantamos. Imito lo que hace mi compañero y le sigo. Dos policías se colocan en las puertas y los presos hacen filas como si estuviéramos en el colegio. Esto me parece absurdo...

—Nos vamos al taller —dice el cerebritito—, por si te lo preguntabas.

Me da la respuesta a lo que pensaba y no me hace mucha gracia tener que hacer un taller al que no me apetece ir. ¿Tengo que volver a estudiar? Yo tengo mis estudios y ganaba el dinero necesario para pagar la maldita deuda, cubrir gastos de casa y ahorrar para los pocos caprichos que tenía. Ese gilipollas también quiso arruinar nuestras vidas, pero no se lo permití, no mientras yo viviera.

Entramos en el aula y me doy cuenta de que todos los que estamos aquí tendremos, más o menos, la misma edad y, por lo que respecta a mi visión general, no creo que todos estemos aquí por asesinato, robar o pasar droga.

Es cuanto mi mente recuerda las palabras de la señorita carácter el día anterior. ¿Será verdad que algunos hemos sido juzgados injustamente?

Un hombre de unos cuarenta y tantos años, entra sonriendo con papeles blancos en la mano. Alterna su mirada por las diferentes caras nuevas que hemos sido obligados a venir a esta mierda de taller.

—Buenos días. Veo caras nuevas y os doy la bienvenida a mis clases. Estáis de suerte porque vamos a realizar de aquí a lo que queda de año tres talleres importantes para conseguir perdonarnos y seguir avanzando en nuestras vidas.

¡Me bajo de la vida!, ¡lo que me faltaba!

—Sé lo que estáis pensando: ¡esto es una mierda! —exclama con cierto humor—. No obstante, sois afortunados de no estar muriendo de calor bajo el sol, como están los demás presos. Vuestros compañeros, los veteranos, llevan viniendo a los talleres desde hace un par de meses y les está cambiando la vida, incluso, a algunos, se les ha reducido la condena.

Miro al cerebritito que lo mira sin perderse detalle de cada palabra. Este tío les ha lavado el cerebro... Aunque es cierto que todos los que llevan meses le miran diferente y, los nuevos, lo miramos con la misma cara de desgana. ¿De verdad son tan interesantes estos talleres?, ¿son necesarios?

—Vamos a empezar por el taller de la motivación y la autoestima y, aunque sé que no os va a hacer demasiada gracia, sobre todo al chico de la segunda fila, tus caras son demasiado reveladoras para mí, lo vas a hacer. Tómate el tiempo que necesites.

Le hago una mueca burlona y de disgusto, a lo que este niega y sonrío. No le encuentro la gracia.

Comienza a repartir los folios en blanco y un bolígrafo a cada uno de nosotros. El cerebritito apunta su nombre en la esquina derecha y yo hago lo mismo.

—A mí tampoco me gustaba, pero te enseña a ver las cosas de manera distinta y optimista.

—La hoja que os he repartido, no es para que hagáis aviones, sino para que analicéis y anotéis todas las cosas buenas que habéis conseguido a lo largo de vuestras vidas y cómo las valoráis de menor a mayor importancia.

¿Analizar mi vida?, ¿qué hubo de bueno en ella?, ¿valorarlo? Mejor que no quiera saber lo que mejor valoro.

CAPÍTULO 4

Observo como muchos agarran el bolígrafo y comienzan a escribir lo que el tutor nos ha indicado que hagamos. No me apetece compartir con todos estos desconocidos las cosas buenas que tuve. ¿A ellos que les importa?, ¿qué me va a aportar? Y a él, ¿qué más le da? Le van a pagar igualmente su salario por estar dándonos por saco un par de horas.

—Chulapa, te garantizo que vale la pena.

El cerebritito me hace gestos animándome a hacerlo, sin embargo, no lo consigo. No me da la gana y punto. Me cruzo de brazos sin darle importancia a las miradas del tutor. ¿Quiere un autógrafo?

—Si no haces por comportarte mejor —susurra—, te mandarán con los demás presos y te puedo asegurar que Snake no perderá la oportunidad de torturarte, por el simple hecho de que ya te has juntado con los débiles. La chusma, como él dice.

Pongo los ojos en blanco por un momento y decido hacerle caso para que no siga dándome la paliza. Destapo el bolígrafo y pongo la capucha al final. Como solía hacer, la muerdo y los recuerdos vuelven a revivir momentos que pasé con ella. Desde que iba al colegio he tenido esa manía de morderlos y, ella, me reñía constantemente. Al final, creo que lo hacía para que se sentase a mi lado; estuviera conmigo, vigilándome que hiciera la tarea; y me diera un beso al terminarla.

Bueno, ¿cómo empiezo yo esto? Miro de reojo lo que ha escrito el cerebritito y me copio su comienzo, tan cutre como él.

Listado de cosas buenas:

- Estudié mecánica.
- Monté mi propio taller.
- Ayudé a mi madre económicamente desde que tenía 14 años. Trabajé sin y con contrato. Le prestaba más de la mitad de mi sueldo.

- Pagaba la deuda que Jeff le dejó a mi madre.
- Matar a Ronald.

Ya no sé qué más poner, pero la que más satisfacción me ha dado ha sido escribir la última. Ese engendro ya no volverá a hacerle nada a nadie, puesto que una escoria como él solo merecía la muerte. Me da igual si su hermana está destrozada, me da igual lo que la gente piense ahora de mí. Hice la justicia que no pude hacer y ha sido lo mejor que he hecho en toda mi vida.

—Tienes mucha rabia contenida. Deberías eliminar la última frase que has escrito porque solo hará que empeores y, tal vez hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir. Se trata de cosas buenas y, tanto tú como yo, sabemos que no lo es.

—Y usted, ¿cómo sabe que no es buena?, ¿acaso le conocía?

—No sé quién es Ronald, pero por experiencia propia sé que, aunque pensemos que fue lo correcto y lo volveríamos a hacer, no sería lo adecuado.

—Él se lo merecía.

—Nadie ha dicho que no fuera así. Ya llegará el momento de hablar y de escribir sobre ello, ahora táchalo.

Aprieta mi hombro intentando recomponer todas esas piezas que siguen rotas y que nadie podrá repararlas, aunque yo me dejara. Sin que me dé cuenta he partido el bolígrafo que tenía entre las manos. El cerebritito me da una palmada en el brazo y me hace gestos para que me calme. *Respira, Richard, o ya sabes lo que te dijo la señorita carácter, zona roja.* Respiro profundamente con la intención de relajarme. ¿Por qué coño siempre termino haciendo caso a mi compañero? Escribo mi nombre en la hoja y la dejo en la esquina.

El tutor, una vez hemos terminado todos, se acerca a recogerlas. Cuando está a mi lado, observa la hoja y, cuando ve que he tachado la última frase, me mira y sonrío.

Dispuesto a seguir con la clase, se sienta encima de su mesa y comienza con su juego de manos al hablar.

—Os voy a contar mi historia antes de ponernos con vuestras listas. — Suspira y mira sus manos agarradas, hasta alzar su mirada y cautivarnos a casi todos—. Tenía dieciocho años cuando conocí a los que iban a ser mis

«amigos». Algunos eran camellos, otros se aprovechaban y consumían la droga que les vendía a un precio más barato. Todo iba genial, alcohol, porros, droga... Hasta que llegó el momento en que la situación se nos fue de las manos. Uno de ellos cayó muerto al suelo. No sabíamos qué hacer, así que lo dejamos tirado en un callejón alejado de dónde teníamos nuestro local. Cuando volvimos, comenzamos de nuevo a beber y a tomar... olvidándonos de lo que había pasado hasta que fue hora de volver a casa. Cuando salimos, otro de los chicos y yo nos encontramos con una chica. Llevaba a su bebé en brazos. La perseguimos hasta llegar a otro callejón. Mi amigo agarró a su hijo y me lo dio. La amenazó en matarla si no hacía lo que le pedíamos. Abusó de ella y luego la golpeó hasta cansarse. Yo no me podía sostener de pie y me quedé tumbado, protegiendo a su hijo para que no le hiciese daño a él también. La escuchaba llorar desconsoladamente y no hice nada. —*Qué hijo de puta...*—. Nos detuvieron a ambos y pagamos las consecuencias de nuestros actos. Gracias a estos talleres y a la ayuda que nos ofrecen, podemos conseguir ser mejor persona y cambiar. —Hace una pausa y una pequeña sonrisa aparece en su cara. ¿Le hace gracia lo que hizo? —. Nada más salir de la cárcel, fui directo a buscar a la mujer y a su hijo. Me disculpé, aunque sabía que no era suficiente, y ella lo sabe. Me arrepiento de no haber hecho nada y de haberme juntado con ese grupo de personas, pero gracias a todo esto, soy una persona nueva. Ella no me recrimina nada, sino que me agradece el haber protegido a su hijo de ese joven que iba conmigo. Aun así, yo quise ayudarla con los gastos del colegio de su hijo, entre otras cosas para pagar mi error. Sabía que el dinero no podía reparar el daño que le habíamos hecho, no obstante, ella me enseñó que debemos perdonarnos y amar lo que somos. No sé por qué se enamoró de mí, pero agradezco que lo hiciera porque soy muy feliz teniéndola a mi lado, igual que a nuestros hijos.

Realmente no sé qué pensar, ni qué decir, ni nada de nada. Es una caja de sorpresas, tanto para lo bueno como para lo malo. Ahora pienso, ¿cómo esa mujer fue capaz de perdonarle?, ¿qué pasó por su cabeza para hacer tal cosa?

—La vida da muchas vueltas y no es malo coger la mano amiga que nos tienden. El setenta por ciento de la gente no cambia, pero el restante sí. Tenéis la suerte de estar aquí, de tener esta gran oportunidad. Se os está

dando la mano para que cambiéis, os reduzcan la condena y podáis salir ahí fuera a rehacer vuestra vida. Ser felices.

¿Cómo podría rehacer mi vida al salir de aquí? Solo de pensar en volver a casa me rompe el alma.

CAPÍTULO 5

El profesor extiende todas las hojas sobre la mesa y las mezcla. No quiere seguir un orden, así que la suerte está echada y espero que el mío sea de los últimos. Ya tengo bastante con que estos talleres sean presenciales y obligatorios.

—John, tú vas a ser el primero. —Le mira con una sonrisa—. La primera cosa de tu lista es que estudiaste hostelería.

Se escuchan risas por el fondo y eso me cabrea. Que se burlen de los logros de los demás me hace hervir la sangre porque sé lo que es pasar por ello. Y si hay algo satisfactorio después de haberlo conseguido es darle en todos los morros a aquellos que no creían en ti.

—Estudié hostelería para seguir con el negocio familiar. Me gusta mucho, aunque la literatura era mi verdadera pasión.

—¿Por qué no estudiaste literatura?

—No todos tenemos la suerte de poder permitirnos ir a la universidad.

—Totalmente de acuerdo —dice el preso sentado detrás de nosotros.

Seguro que los que están interviniendo son los que llevan aquí más tiempo. En verdad, ni siquiera sé qué ha hecho mi compañero para estar encerrado. No quiero preguntar porque él me haría la misma pregunta.

—Triste pero cierto. Vamos a por otra. Te hiciste las pruebas para darle un riñón a tu amiga. Es un acto de amistad muy bonito.

—Sí...

No lo dice demasiado convencido, así que deduzco que algo pasó con esa amiga. Tal vez, ¿un amor no correspondido?

No profundizan más en el tema y pasa a leer las demás cosas de su lista. Estoy sorprendido, no sé qué hace el cerebritito aquí. Se ve a leguas que no es una mala persona, aunque yo tampoco lo era hasta que ese desgraciado entró en nuestras vidas. Como ha dicho el profesor, la vida da muchas vueltas. ¿También habrá matado a alguien? La curiosidad me invade. No me puedo imaginar al cerebritito con ese cuerpecillo y esa cara matando a alguien, aunque las apariencias engañan y hace muy poco estaba dudando de él. Creo que me ha removido más de lo debido la

relación que tienen su padre y él, quizá sea porque me recuerda lo que éramos mi padre y yo.

—Richard, tú eres el siguiente.

Vaya hombre, no había más papeles para elegir, ¿no?

—Estudiaste mecánica y montaste tu propio taller. ¿Cómo te fue?

—Bien.

—Desde los catorce años llevas ayudando a tu madre con los pagos de la casa y, también, con una deuda. Supongo que tus padres...

—Mi madre.

—¿Y tu padre?

Ignoro su pregunta y me mantengo callado. Yo nunca tuve un padre, mi madre hizo de ambos. Tuvo que cargar con una gran deuda, que no era suya, porque ese inútil no pudo dejar de ser un maldito traficante que eligió antes la droga que a su propia familia. Y si no fue lo suficientemente cabrón, para rematar, se negó a firmar los papeles del divorcio. Nunca se me olvidará la cara de tristeza, ahogo e impotencia que puso mi madre al ver el comunicado que le entregó el abogado de Jeff. Yo solamente tenía diez años...

Llueve muchísimo y mamá y yo nos vamos al cementerio. Jeff ha muerto y le ha tocado a mi madre pagar su entierro. No entiendo por qué lo tiene que hacer y por qué vamos a verle. Le ha hecho mucho daño a mi mamá y eso nunca se lo voy a perdonar.

—Ahí es, Richard.

—Yo no quiero verle.

—No lo vamos a ver, cielo. Solo tenemos que estar delante para cuando lo metan en el nicho.

—Como si se cayera la caja y se rompiera...

—Richard. —Se agacha y me abotona bien la chaqueta—. Papá ha hecho cosas muy malas y entiendo que estés enfadado, pero debes saber perdonar. En el fondo nos quería, a su manera.

No le digo nada. Solo sigo sus pasos hasta llegar a esa caja. Los dos hombres que hay allí lo meten en el agujero y lo sellan para que no salga.

Mi madre saca del bolso un retrato suyo y lo deja apoyado sobre la escayola. No sé por qué es tan buena...

—Señora, ¿podemos hablar?

Nos damos la vuelta viendo a un hombre con traje y maletín. No me gusta.

—Dígame, ¿quién es usted?

—Era el abogado de su marido.

—¿Qué quiere? Ya he pagado todos los gastos del entierro, no tengo más cosas pendientes con él.

—¿Sería tan amable de acompañarme a mi despacho?

—Mire, estamos cansados de esta situación, dígame lo que tenga que decirme. Queremos irnos a casa.

—Está bien. Al haber muerto su marido, usted pasa a tener la deuda que él tenía, igual que el poco dinero que poseía. Aquí están todos los papeles, si no confía en mi palabra, puede ir a su abogado y comprobará que está todo en regla y es legal.

Le da los papeles a mi madre y se va. Mi madre los mira incrédula, triste y con lágrimas empapando sus mejillas sonrosadas.

—No te pongas triste, cuando trabaje te daré todo mi dinero.

Me sonrío y me acaricia con mucho cariño, besándome la frente y dándome un fuerte abrazo. Tengo ganas de llorar.

El muy desgraciado debía 50.000 € a unos mafiosos. Le encantaba desperdiciar el dinero en el juego, alcohol y drogas. Eso sí se le daba bien. No tuvo pudor en dejar a mi madre embarazada y largarse, dejándola sola con toda la responsabilidad. Admiro a mi padre por lo fuerte y valiente que fue durante toda su vida.

—El próximo día seguiremos con las demás, hasta mañana.

Los guardias entran y él se marcha. Nos vuelven a poner en fila y nos encierran en nuestras celdas. John se sienta mirándome y yo me acuesto dándole la espalda.

No sabes cuánto te necesito Marilyn...

CAPÍTULO 6

Me cubro con la manta hasta la cabeza. Desgraciadamente hoy libraba en el trabajo y hubiera hecho cualquier cosa por no estar ahora mismo aquí, escuchando sus bramidos como si fuera un perro en celo; cómo la penetra rápido y duro, cómo la estampa contra la pared o le grita “vamos puta, dámelo todo” o un “zorra, vas a sufrir”.

No entiendo cómo mi padre se lo permite y lo peor, no sé por qué le hago caso a sus súplicas cuando me dice que no me involucre. Me siento un inútil al no poder hacer nada por salvarle de esa bestia sin escrúpulos. Ella no se lo merece.

Me levanto en busca de los auriculares, en busca de una realidad paralela que me aleje de todo lo que estoy escuchando y viviendo. Se me están hinchando las pelotas al volver a escuchar sus palabras. Tengo ganas de ir y partirle la cara a ese cabrón. ¡Por favor, que pare ya!

—¡Qué te des la vuelta! —La voz de Ronald resuena por toda la casa—. ¡Te vas a enterar!, ¡ven aquí!

Esto no lo permito. Salgo de la habitación lo más rápido que puedo y veo a mi madre correr y escapar del agarre de ese hijo de puta, desnuda, llorando y, al mismo tiempo, suplicando que no le haga nada.

Le agarro el brazo y la escondo tras de mí.

—¡Apártate hijo de puta! Esa puta debe complacerme de todas las formas habidas y por haber.

Mi cuerpo reacciona de manera instantánea, golpeándolo. De su nariz comienza a salir sangre. Se la toca y sonríe como el diablo, preparando sus puños para una lucha que le llena de placer. No le tengo miedo y voy a defender a mi familia a muerte. Por cada golpe que doy, recibo uno, esquivo algunos, vuelvo a recibir, pero no le doy el placer de escuchar ni un solo gemido de dolor. Noto la sangre en mi boca, pero no me impide parar. Escuchamos los gritos desgarradores de mi madre a nuestro lado, pidiéndonos que paremos esta pelea en la que nos hemos enzarzado. Sin embargo, el que no es trigo limpio, no juega con reglas. Alguien me golpea por detrás y caigo al suelo inmóvil.

La sonrisa victoriosa de Ronald reluce en su cara de diablo, es el puro Satanás.

—Ahora verás que bien lo vamos a pasar.

Agarra a mi madre, que está sentada en el suelo, llorando abrazada a sus piernas. La empuja hasta acostarla bocabajo y comienza a penetrarla sin miramiento, feroz y rudo. Mis ojos lloran como los suyos, sintiendo un dolor inmenso en ella, en mí. Nos han destruido la vida.

Quiero extender mi mano para aferrarme a la de ella, no obstante, sigo ahí tumbado en el suelo, sin poder moverme, sin poder hacer nada por salvarla.

De sobresalto, asustando al cerebritito, me siento en la cama apoyándome en la pared, dejando que el frío me hiele el corazón para dejar de sentir este dolor desagradable, que día a día, aumenta sin control. No todos los días tengo la misma fuerza ni chulería para afrontar cada hora en esta mierda de cárcel. A veces, me gustaría desaparecer y no volver.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

No entiendo por qué se preocupa por mí. Que pusiéramos bandera blanca no significa que tenga que fingir que le importo. Puede seguir odiándome, incluso pegarme si es lo que desea.

—Puedes contármelo, si quieres. —Insiste—. Al fin y al cabo, yo no soy tu enemigo.

—Claro... —me rio sin ganas—, no recordaba que me conocías tanto.

—Yo no, mi padre. —Su mirada es sincera, al menos, así la presiento—. Te contaré todo lo que quieras saber.

Asiento y él se levanta a coger un libro que tiene en la pequeña estantería que hay al lado de su cama. De este, saca un par de fotos y se aferra a ellas sin mostrármelas. Coge aire antes de comenzar a hablar y ver un brillo diferente en sus ojos. Algo me conmueve en ellos.

—Hace muchos años, mis padres vivían al lado de los tuyos en una vieja finca. Eran muy buenos amigos, por lo que me contó, y estudiaron juntos hostelería. En realidad, tu madre y mi padre eran como hermanos desde el primer día que se vieron. Tuvieron un flechazo de amistad.

Sonríe mientras observa una vez más las fotos que tiene entre sus manos. Me muestra una de ellas y la cojo tembloroso. Ahí está ella, junto

a su padre delante del instituto. Siempre ha sido hermosa. Acaricio su cara como si la tuviera delante de mí. Su sonrisa me reconforta, aunque me haga llorar por dentro. Nunca más voy a poder verla...

—Allí conoció a Jeff. Mi padre la avisó muchas veces de que no era la persona correcta, que veía algo en él que no le gustaba, aun así, apoyó su relación por no perder la bonita amistad que tenían. Mi padre y mi madre ya vivían juntos cuando los tuyos se mudaron al lado, es más, fue mi padre quién le comentó que había un apartamento vacío enfrente del suyo. Jeff aceptó, sorprendiendo a todos. —Se acomoda bien en la cama y sigo con la historia—. Hablaban de crear un negocio juntos, ser los mejores en el sector y conseguir llegar a lo más alto. Todo se iba a poner en marcha una vez mis padres hubieran vuelto de su luna de miel, sin embargo, fue ahí cuando se enteraron de que tu madre se quedó embarazada y ella decidió no seguir adelante con el proyecto. Mi padre le insistió mucho en que aceptara el trabajo que le daba, aunque no fueran socios, pero no quiso y él lo intentó de mil maneras.

—Sí, eso sí lo sabía, lo que nunca hubiera imaginado es que fuera tu padre. Ella lo quería mucho. Me habló muy bien de él y de tu madre y de lo que le hubiera gustado que fuéramos amigos.

—Mi padre siempre ha estado a su lado, aunque ella quisiera alejarse. Pasaron años sin verse y cuando se reencontraron, ella le contó que salía con Ronald. Esta vez, no la aconsejó. No quería entrometerse de nuevo y se arrepiente de no haberlo hecho, porque ¿y si...?

—No hubiera cambiado de opinión. Ella era así.

—Quería lo mejor para ti —dice, entregándome la otra foto—. En verdad, sí que nos conocimos, lo que pasa es que no lo recordamos. Éramos muy pequeños.

Marilyn sostiene al cerebritito en sus brazos y a mí, su padre. Creo que es la primera vez que veo una indudable felicidad en sus ojos. Una felicidad pura y real, una sin un Jeff y un Ronald, solo un amigo que la quería como a una hermana.

—Creo que me merecí el puñetazo del primer día —digo—, no sois mala gente, pero ¿por qué me lo cuentas?, ¿no me odias?

—No me gusta la violencia, soy de los que prefiere hablar antes de actuar y, aunque no lo parezca, tú y yo nos parecemos. A ti no te gusta que hablen de tu madre y a mí, de mi padre.

—Gracias.

Le devuelvo las fotos y este las vuelve a dejar en su sitio. No soy el único al que le duele la muerte de Marilyn, a su amigo, también. Creo que se merece más que una disculpa por mi comportamiento del otro día. Sé reconocer mis errores y no muero al pedir perdón.

Las puertas se abren y ruedo los ojos sin ganas al saber lo que nos toca a continuación. El cerebritito ya está en la fila y a mí me cuesta el alma llegar hasta ella. No quiero ir a las clases, no me gustan, no me van a cambiar. Voy a seguir siendo el mismo Richard con coraza y que le va a dar una hostia a cualquiera que quiera meterse con él. Nadie va a entrar a golpearme sin antes no hacerse daño por el metal con el que me cubro. La vida me ha hecho así.

Todos entran y se sientan como la primera vez que vinimos. El profesor sigue hablando y comentando lo del día anterior. Tengo la suerte de que ya no tengo que abrirme al resto de mis compañeros, ni contar nada más sobre mi vida. A nadie le importa.

Cuando termina la chapa y de hacernos la reflexión, sonrío satisfecho por el resultado. Se le ve que es muy entregado a su trabajo y se esfuerza por llegar a todos. Al menos, intenta cumplir sus objetivos y no se rinde.

—No podemos despedir este taller de motivación y autoestima sin ver una película que, aunque no prestéis atención, seguro os hace reflexionar sobre la vida. La película que he escogido es “La vida es bella”. Nos enseñará el poder del amor por salvar a aquellos a los que amamos, a intentarlo por más oscuro que sea el camino, a tener esperanza y fe...

—¿Por qué no nos pones una película porno y nos traes a unas cuantas putas para follar? Eso sí que sería enseñarnos.

Varios se ríen, otros se quejan. Comienzan a hacer el tonto, follándose a las mesas y gritando guarrerías como las que Ronald le gritaba. Antes de poder levantarme y comenzar a repartir hostias, el profesor llama a los guardias, los cuales se los llevan a trabajar con el otro grupo. Así que, casi mejor, me quedo callado. Prefiero ver la película a estar cavando como un esclavo.

La vida es bella... ¿puede haber una vida bella después de todo?, ¿puede haber una vida tranquila y feliz ante la guerra?, ¿puede haber amor dentro de la batalla?, ¿puede haber vida? Realmente, ¿qué es vivir?

CAPÍTULO 7

Semanas después

John y yo nos sentamos en la mesa del comedor. Solo de pensar que luego tenemos que volver a esas clases en las que nos quieren reconvertir, me pone malo. No me gusta compartir con los demás mis problemas, para eso son míos y de nadie más. No van a arreglar el mundo, escuchándome. Lo que deberían hacer es investigar a ese juez que encierra a inocentes y deja a los verdaderos culpables en libertad.

—No veo a mi padre —dice preocupado, mirando hacia todos lados—, y a Snake, tampoco.

—Tranquilo, todavía están llegando presos.

Puedo llegar a entender su preocupación, porque yo, en su caso, también lo estaría. Teme que le hagan daño y no es para menos. Snake es el “amo” de esta zona, el más temido y todavía no me entra en la cabeza cómo le dejan estar aquí, a mi parecer, debería estar en la zona más peligrosa. Todo él es veneno, del puro, el mismo que el de las serpientes que con un solo bocado te dejan tirado en el suelo, apunto para devorarte, tragarte y hacerte desaparecer.

Los guardias entran detrás de toda la cuadrilla de Snake, pero él no está. Los muy imbéciles comienzan a reír mientras nos miran y una mirada entre el cerebritito y yo nos basta para saber qué estamos pensando.

—Debo ir a ver dónde está mi padre.

Se levanta como alma que lleva el diablo y voy detrás de él, necesitará ayuda si ese hijo de puta le ha hecho algo a su padre. Ni dos pasos damos cuando vemos entrar a la señorita carácter que se acerca rápidamente a nosotros.

—John, tengo que hablar contigo. Vamos fuera.

Le indica amablemente, obviando que estoy a su lado y no pienso dejarle solo.

—¿Puede acompañarme?

—No.

—Vamos, preciosa, sabes que no iré sin mí. Soy su protector.

Le guiño un ojo, nada más para joderla. Pone los ojos en blanco y frunce el ceño. Me encanta cuando se enfada, la hace mucho más *sexy* de lo que ya es.

—Te lo voy a decir claro, N-O.

Lo dice lentamente y despacio, como si fuera retrasado y no lo hubiera pillado a la primera. Me está subestimando y no sabe lo espabilado que puedo llegar a ser.

—Creo que la que no lo tiene claro eres tú. —Me acerco a ella y ella hace lo mismo, sin miedo. Teniéndola tan pegada a mí, puedo ver lo realmente bella que es, qué ojos y qué labios más atractivos—. Ni él, ni yo, nos fiamos de tipas como tú ni de nadie de aquí. Muy simpáticos cuando queréis, pero a los verdaderos culpables los dejáis libres y a los inocentes nos encerráis.

—No te fíes de mí, pero sí del chico con el que te peleaste nada más llegar y, ahora, lo amas con locura. Eres bastante bipolar, ¿debería subirte de zona?

Sonrío falsamente.

—¿Sabes lo que pasa? Que aprender de los errores es evolucionar como persona, cosa que vosotros no sabéis hacer.

—Pagas conmigo algo que yo no he hecho. Yo no soy el juez que te condenó.

Me reta, le gusta hacerlo. No aparta sus ojos de los míos y juraría escuchar su corazón bombear tan fuerte como el mío. Esta tensión me gusta, aunque sea extraña.

—¿Quiere que me lo lleve, señorita? —pregunta un guardia a nuestro lado.

De nuevo mis ojos se anclan con los suyos esperando su respuesta. Niega y nos hace un gesto para que pasemos delante de ella. Lo hacemos y cuando paso por su lado, choco aposta contra su brazo y la escucho refunfuñar algo inentendible.

Salimos fuera y veo al cerebrito esperando las malas noticias. Si, finalmente, ha accedido a que yo esté con él, es porque algo malo ha pasado. No hay que ser adivino.

—¿Qué le ha pasado a mi padre?

—Tu padre está en el hospital. No sabemos cómo, la celda de Snake se ha abierto y...

El cerebritito no dice nada, se ha quedado pálido y con los ojos empañados en lágrimas.

—John —acaricia su brazo dulcemente e intenta hacerle volver—, te avisaremos cuando sepamos algo más. Todo saldrá bien.

—¿Todo saldrá bien?, ¿de qué le avisaréis?, ¿te estás oyendo? —Le recrimino furioso—. Si estuvieras en su situación, ¿no te gustaría estar con tu padre? Lo que deberías hacer es llevarlo tú misma al hospital para que se tranquilice, para que esté con él, aunque sean unas horas. ¿Tan poca humanidad hay en esta cárcel de mierda? —Mi tono de voz cada vez sube más y más. Toda rabia que habita en mi cuerpo se la escupo con cada palabra—. La culpa de que su padre está allí es de vosotros, si no sabéis llevar una cárcel, apartaos de ella, porque no tiene que morir gente por vuestra culpa.

—Por favor, Carol, déjame ir a verle. Si luego tengo que pagar las consecuencias, las pagaré, por favor, te lo ruego.

Agarra sus manos en forma de súplica. No puedo creer que la trate tan amablemente después de esto. Claro, ellos pueden cometer errores, ellos pueden juzgar a la gente y los demás no tenemos derecho a nada. ¡Asco de justicia, asco de cárcel y asco de personas!

—Solo te falta que se arrodille y te bese los pies para que le des un puto permiso.

Si las miradas mataran, yo, ahora mismo, lo estaría. Me acribilla con sus ojos enfurecidos y nos lleva a ambos a la puerta del despacho del director. Cierra de un portazo mientras el guardia de afuera nos vigila.

A los pocos minutos, la puerta se abre y dos policías se llevan a John. Carol me agarra fuerte del brazo, tirando de mí con toda la mala hostia del mundo hasta llegar a la sala donde me reúne día tras día para intentar concienciarnos de que no estuvo bien lo que hicimos, para cambiarnos...

—Todos cometemos errores, tú deberías saberlo. No tienes por qué juzgarlos, puesto que no eres nadie aquí, ¿te queda claro?

—Si se muere, dime, ¿cómo lo rectificarás?

—¿Puedes rectificar tú el tuyo? Te recuerdo que para el mundo eres un asesino a sangre fría.

Me quedo callado, no porque me haya chapado la boca, sino porque no voy a entrar en su juego. Sé lo que quiere y no va a conseguir nada. Si quiere saber lo que pasó que vea el juicio, allí lo conté con todo lujo de detalles. Yo sé perfectamente qué pasó ese día y porqué dos personas están muertas. ¿Fue mi culpa? Sí. No hay nada más que hablar.

—Voy a ser clara contigo, estoy cansada de ti y de tus juegos silenciosos. Te aseguro que quiero lo mejor para todos, aunque no lo creas. —Se sienta enfrente, apoyando una de sus manos sobre la otra, con la mirada apagada—. Me duele tanto como a ti que John, esté sufriendo tanto por su parte. Por supuesto que entiendo esa preocupación y ese dolor. ¿Quién no quiere a un padre? Yo hubiera reaccionado de la misma manera, pero entiende que no todo es tan fácil.

—¿Por qué no pediste el permiso antes de venir?

—Porque la única manera de que reacciones y hables es tirar de un hilo que no es el tuyo. Ya estaba pedido antes de que viniera.

—Tienes una mente muy perversa.

—Richard, déjame ayudarte. Cuéntame la verdad sobre lo que pasó.

Y el silencio se vuelve a adueñar de estas cuatro paredes. Carol se da por vencida y me devuelve a la celda. Se queda plantada, mirando cómo me acuesto y hago como si no estuviera. Sé que sigue ahí, la siento. He visto su preocupación en sus ojos, pero no puedo confiar en ella. Transversa hilos para llegar a mí y, en cierta parte, me agrada que intente acercarse, sin embargo, lo único que hace es alejarse. Todo es extraño...

CAPÍTULO 8

No sé por qué extraña razón, hoy nos han dado un uniforme de fútbol a cada uno. Camisa blanca, con nuestro nombre o apodo impresos en esta, y un pantalón negro. El profesor y varios guardias nos acompañan a los vestuarios, donde allí, tranquilamente, nos cambiamos. El cerebritito no está, le vi anoche cuando regresó y esta mañana ya no estaba en su cama. Tal vez Carol ha dejado que vaya de nuevo a ver a su padre. Sé que él y yo no comenzamos con buen pie, sin embargo, he empezado a tener cierto aprecio y cariño al chaval. Es buena persona y, aunque no sepa lo que ha hecho, no creo que se merezca estar aquí.

Escuchamos el chirrido de las ruedas de la pizarra portátil y vemos al profesor como nos la deja enfrente de nosotros. Muchos se han estremecido con ese sonido molesto, por suerte, no suelen afectarme esos sonidos. En la pizarra hay un plan dibujado con tiza, comienza a explicarlo y, para nuestra sorpresa y, seguramente para él, estamos todos muy atentos. El hombre tiene idea y comienza a motivarnos de una manera inimaginable. Está funcionando y, aunque no quiera reconocerlo, tengo ganas de divertirme un rato. Al menos, no estaré encerrado en una clase.

Al terminar, salimos al patio donde ya se encuentra el grupo de voluntariado. Nos saludan como si nos conocieran de toda la vida y, educadamente y sin faltarles el respeto, les contestamos. ¿De verdad está funcionando el taller? Sigo pensando que es una mierda, pero esta actividad, me mola.

El profesor me elige a mí para que sea el capitán. Somos 11 y precisamente tengo que ser yo, al que menos le gusta hablar. No soy bueno dando consejos, ni soy el indicado para motivarles. Mis compañeros son como el cerebritito, se les ve buena gente, no como yo. Yo fracasé con la única cosa que tenía que hacer.

Todos me miran esperando algún discurso o algo para seguir con estas ganas de comernos el mundo. No se me ocurre nada, así que suelto lo primero que se me viene a la cabeza:

—Escuchamos muchas veces gritos de que somos unos perdedores, que no conseguiremos nada en nuestras vidas. Que seguiremos siempre en el mismo camino y hoy, escuchadme bien, hoy vamos a demostrar que no es así. Somos la puta hostia y vamos a conseguir todo lo que nos propongamos, ¿sabéis por qué? Porque somos unos luchadores, porque venceremos, porque conseguiremos lo que queramos y llegaremos al estrellato. Siempre con juego limpio. Siempre con la cabeza alta. Siempre con dignidad y buen corazón. Somos un equipo y juntos vamos a por todas.

El profesor comienza a aplaudir y todos hacen lo mismo. Este nos anima a calentar, igual que nuestros adversarios. Son buenos, pero no nos impide luchar por la victoria.

Un hombre con camiseta amarilla, el árbitro, se acerca a nosotros acompañado del director y Carol, la cual se pone a mi lado, mirándome con una ceja alzada incrédula al ver el brazalete improvisado que me ha enganchado el profesor y sonrío graciosa.

—Juego limpio, no permitiré ninguna agresión por parte de ambos equipos. Disfrutad del partido y trabajad en equipo.

El equipo contrario se reúne en círculo y comienzan a gritar. Saltan todos juntos hasta terminar levantando los brazos. Supongo que ahora llegará nuestro turno y no tenemos nada con lo que celebrar el comienzo, así que sigo a mi instinto. Me acerco a cada uno de ellos y les golpeo en la espalda y el pecho, motivándoles y diciéndoles que ellos pueden conseguirlo. Se lo recuerdo a cada paso que doy y eso les hace fuertes, invencibles.

Miro de reojo a la señorita carácter y asiente con la cabeza sin perder esa dulce sonrisa. ¿Por qué cojones no puedo apartar mi mirada de la suya? ¡*Richard, céntrate!*

Dejo de mirarla y me centro en el pitido que da comienzo al partido. Como capitán me ha tocado sacar del medio y comenzar a jugar, en equipo, con el resto de mis compañeros. Aunque no haya colaborado ni hablado mucho con ellos, el fútbol une si es sano. Jugamos sin hacer trampas, juego limpio; ganándonos los goles que les metemos. Controlamos nuestra ferocidad y las ganas de ser campeones. No gritamos enfurecidos, todo lo contrario. Solo queremos comunicarnos si estamos lejos el uno del otro. Nunca creí que me iba a gustar alguna clase, pero es

que esta, me encanta. Le choco la mano al chico que acaba de meter gol, ha sido un golazo por toda la escuadra.

Veo al director y a todo su equipo observándonos orgullosos. Recorto un balón que quería colarse por medio del campo y me voy directo a la portería, pero engaño al portero, pasándosela al compañero que estaba desmarcado a mi derecha. Un abrazo nos une a todos cuando escuchamos el pitido del final de la primera parte.

Terminamos el partido empatados, 2-2. Felicito a mi equipo y luego, al contrario. Para nuestra sorpresa, nuestros adversarios eran expresidarios que, gracias al profesor y sus talleres y la involucración de Carol, consiguieron salir de esa mala vida en la que se habían metido. Casi la mitad se han formado para ser maestros de educación física, algún que otro administrativo también había por ahí, incluso uno de ellos, ha abierto una granja escuela. Han luchado por ser libres y lo han conseguido. Tienen familia y, a uno en especial, se le cae la baba al hablar de su pequeño recién nacido.

¿Algún día volveré a trabajar en el taller?, ¿a ser quién era?, ¿a tener una familia?

Me deshago de todos esos pensamientos y preguntas absurdas a las que no tengo una respuesta positiva.

Escucho al profesor llamarnos. Deja varios botes de *spray* de diferentes colores delante de una vieja pared y nos pide que pintemos cómo nos hemos sentido.

Tenemos que darle color a este frío lugar, proporcionándole vida y motivación. Un impulso me hace tomar la iniciativa, tomando el bote y comenzando a hacer líneas sin tener claro muy bien qué voy a hacer. Me deshago como si de un saco de boxeo se tratase y, cuando me aparto y veo lo que he plasmado, dejo caer al suelo el bote que sostenía entre mis manos. Comienzo a caminar hacia atrás, apartándome de aquel dibujo y de todo lo que me está rodeando ahora mismo hasta que unos brazos me agarran los hombros.

—Impresionante lo que hace la motivación y la creatividad. ¡Es genial, Richard! —exclama eufórico el profesor—. Puedes ir a tu celda o quedarte aquí, se ha terminado la clase.

—Prefiero ir a mi celda.

Me da un ligero apretón en el hombro derecho y un guardia me acompaña adentro, *ni que me fuera a escapar*. En ella ya está el cerebritito y, por su semblanza, no se encuentra demasiado bien.

Al final, me voy a tener que joder y deberé contarle todo lo que pasó, aunque para todos sea un doble asesino, yo sé que no; solo hice justicia. Mi propia justicia.

—Oye, cuéntame ¿por qué estás aquí?, ¿qué es eso tan grave?

—¿Por qué piensas que estoy así por lo que hice?

—Porque he visto esa expresión antes.

—Eres un chulapa inteligente.

Deja el libro que estaba mirando, porque dudo que lo estuviera leyendo con tanto pensamiento rondándole la cabeza y se sienta en forma india.

—Hace un par de años, cuando estaba estudiando hostelería, mi mejor amiga, me pidió que la contratara porque se le había terminado el contrato, no la renovaban y, bueno, se lo comenté a mi padre y aceptó. Además, necesitábamos más manos porque así, mi padre y yo, adelantábamos en la cocina. Todo iba genial: la pastelería, la relación, ella, los estudios, hasta que, un día, dejó de venir la gente para irse al Miri's Cake. Curiosamente, la nueva pastelería del centro de la ciudad, la cual hacía nuestro pastel más vendido, único y exclusivo.

—Fue ella, ¿no?

—Sí. Varios meses después, al cerrar la tienda, me llené de valor para enfrentarme a ella. Armé un espectáculo e hice sentir mal a muchas de mis clientas. Me largué y no quise saber de ella nunca más, pero el destino es muy caprichoso y me la encontré delante de la que no iba a ser ya mi casa. Me pidió perdón, como si eso arreglara el desastre que armó en nuestras vidas; comenzó a gritarme y a preguntarme por qué no la perdonaba. Me cogió tan fuerte de los brazos y yo estaba tan lleno de ira que me solté bruscamente. Le dije de todo desde que era una traidora hasta ser el puro diablo. Comenzó a andar hacia atrás, triste, llorando y, sin darse cuenta, cayó por las escaleras. Me quedé estático viendo como caía, no hice nada por salvarla, ¡vi que iba a caer y no hice nada!

—Pero tú no la mataste, John.

—Necesitaban un culpable y yo era el candidato perfecto. La gran mayoría de los que estamos aquí, estamos juzgados injustamente. Si realmente hubieran investigado el caso, sabrían que yo ni siquiera la

toqué. —Se limpia las lágrimas que le ha dado igual mostrar—. La vecina lo vio todo, todo Richard, y no dijo absolutamente nada, me dio la espalda después de todo lo que mi padre y yo hicimos por ella. Aunque..., tampoco me defendí. Cuando vi todas las pruebas falsas que habían conseguido contra mí eran suficientes para declararme culpable, así lo hice saber yo también. Sin embargo, cuando entré aquí, Carol tuvo una charla conmigo muy extensa. Parece tener un don, con tan solo mirarnos sabe quién es en verdad un culpable. A mi padre le quedan días aquí dentro y hoy me ha dado la noticia que, a mí, también. Ha encontrado algo que hará que vuelvan a reabrir mi caso.

—Eso es genial, cerebritito, tienes otra oportunidad de seguir viviendo tu vida, de hacer lo que quieras, de disfrutarla.

—Sería mucho más fácil quedarme aquí dentro, sin preocupaciones, sin pagos, sin estudios, sin lloros...

Su voz se quebranta y sus ojos se inundan en un inmenso lago del cual nadie podría salir ni por muy buen nadador que sea. No quiero insistir, ni hacerle recordar su historia de nuevo, pero cuando su amiga rompió su vida, no solo fue eso lo que destrozó, sino también su corazón. Él estaba enamorado de ella.

—Salir de aquí es la mejor opción de todas, ¿me has oído? Pues ya sabes...

—No te he contestado —replica.

—No esperaba tu respuesta, es una orden. Cuando salgas de aquí, vas a volver a abrir la pastelería de tus padres y me vas a invitar al mejor pastel de toda la ciudad... a ver si voy a ser el único que no lo ha probado. Mi opinión te hará llegar al estrellato.

Se ríe y, al menos, me siento bien por ser algo burro y gracioso cuando me viene la inspiración. Sé perfectamente por lo que está pasando y, por un momento, me he podido quitar esta coraza que tanto va pesando. He sentido la necesidad de darle confianza, de abrirnos. Le quise odiar y matar el primer día, sin embargo, yo no soy así y, por mucho que quiera aparentar, termino tropezando, siempre, con la misma piedra.

—Nos vemos —dice, dándome unas palmadas en la rodilla.

Veo a Carol tras esos barrotes que nos separan. Las puertas se abren y se va con ella, recorriéndome un escalofrío que me hiela el pecho.

No puedo dejar que vean esta parte de mí y tampoco la rabia que siento cada vez que hablan de mi madre o pronuncian su nombre. No, no puedo caer ahora, sino, no creo que sobreviva.

Me dejo caer en la cama, recordando sus cálidas caricias, sus palabras de aliento, sus momentos más divertidos... ¿qué pensaría de mí si me viera?

CAPÍTULO 9

¡Maldito colchón! No me voy a acostumbrar nunca a él, ni a estar encerrado en este apestoso lugar que nos come la vida entera. Sé que lo merezco y es el castigo por el cual me condenaron, no obstante, no hay noche en la que no me despierte por un insonoro ruido, siempre alerta, protegiendo mi vida de las manos de los matones que quieren terminar con la vida de los inocentes, de los más débiles. No va a ser mi caso, puesto que voy a defenderla a muerte y la de mi compañero también; aunque mis fuerzas flaqueen y me sienta débil, nunca lo mostraré. Pronto el padre de John saldrá de aquí y, espero de todo corazón, que él sea el siguiente. Han tenido, ambos, una vida complicada y entiendo hasta cierta parte, lo único que no sé es, cómo me sentiría si la persona a la que amas te traiciona y te rompe en mil pedazos. No tengo ni idea de cómo hubiera reaccionado, pero teniendo a la madre que tenía al lado, seguro que ella habría sido la que hubiera sacado las garras por mí. Ella era la que me protegía en cada momento, era la que me hacía reflexionar, la que me reñía con mayoría de edad, la que le daba color a mi vida.

—John, vámonos.

Me siento en la cama para verla. John se levanta y me da un ligero apretón en el hombro hasta que abren la celda.

Tengo una mala sensación. Carol me mira diferente y mi mente comienza a ir a diez mil por hora. ¿Qué estará tramando? En cuanto le hagan daño al cerebritito no voy a responder, porque, aunque mis actos y gritos sean en vano, yo lucho por la auténtica justicia.

—Richard. —Miro a John que me hace un gesto con la mano para que me relaje. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba apretando fuerte la almohada—. Relájate y compórtate.

Miro de nuevo a Carol y la reto con la mirada, haciéndoles una reverencia burlona antes de que se vayan por completo.

Me vuelvo a tumbar para al instante tener que levantarme al escuchar la sirena. Un guardia me espera con la celda ya abierta. No sé si me voy a acostumbrar a esto. La misma rutina, el mismo recorrido, las mismas

caras, los mismos gritos. Nada más entrar, Snake y su cuadrilla, me miran endemoniados y yo, con un par de cojones, les miro de la misma manera. No me van a intimidar y lo saben perfectamente.

Dos hombres están sentados en la mesa en la que normalmente nos ponemos nosotros. Son nuevos, ya que no me suena haberlos visto antes. No les digo nada, tampoco soy un crío de instituto para echarlos de aquí. De la nada y mientras me como el asqueroso bocadillo de todos los días, aparece el cerebritito con una sonrisa enorme.

Se sienta y me mira entusiasmado.

—¿Vas a hablar?

—Carol ha conseguido que mi padre salga de esta pocilga. No podrá salir de la ciudad y tendrá que ir semanalmente a la policía, pero podrá reabrir la pastelería y...

—Vaya, vaya, parece que alguien está muy contento.

Nos rodean como lobos poniéndose a la vera de su presa, aquella que nunca sale viva de la emboscada. Les ignoramos y eso les jode tanto, que lo agarran del brazo para llevárselo con ellos. De golpe, me levanto y lo aparto de las garras de esas bestias inhumanas.

—La cosa no va contigo, asesino.

Pronuncia esa palabra escupiendo el más puro veneno letal. Sus ojos me recuerdan tanto a la mirada de Ronald que no puedo controlar mis impulsos. Lo empujo y lo aparto de nosotros. El cerebritito no para de repetirme que les deje en paz, pero no lo voy a hacer. Él se lo está buscando y no voy a dejar que nos hagan nada. Busco ayuda en los guardias, pero éstos están mirando hacia arriba, donde normalmente hay otros guardias vigilando todo el comedor, sin embargo, no hay nadie, solo una mujer de espaldas.

—¡Largaos de aquí! —grito con la intención de que nos hagan caso, pero es absurdo.

—¿O qué?

Ahora es él quién me empuja y le respondo de la misma manera. Sus secuaces me rodean y me preparo para la dura pelea que se prevé.

—¡Ya está bien! Vamos, tenéis trabajo —dice, interponiéndose el guardia que acaba de entrar, el mismo que nos lleva a los talleres y mira a sus compañeros con enojo. Pita el silbato y acuden a él—. Que sea la última vez que dejáis que dos presos comiencen a pelearse. ¡La última!

La mirada que les ha echado, me ha dado miedo hasta a mí. Nos llama a todos los que vamos al taller y le seguimos. El cerebritito se coloca a mi lado después de adelantar a un par de presos y me da una palmada en la espalda.

—Eres mi chulapa protector.

—No te emociones.

—En el fondo me quieres.

Cabrón. En el fondo le tengo cariño y él lo sabe. Son muchas las horas que pasamos juntos y, en cierto aspecto, se parece a mí. Estamos condenados injustamente y nada nos va a devolver el tiempo perdido aquí.

Entramos al aula y, la distribución de esta, ha cambiado. Un círculo de sillas nos espera para hacer algo que no me va a gustar. Hablar. Prefiero darle golpes a una pelota y desfogar toda mi ira en un mini campo de fútbol. Allí me sentía libre y bien.

—Sentaos —dice el profesor, sentándose en una de ellas, esperando a que todos hagamos lo mismo—. Ayer, lo bordasteis. Estoy orgulloso de vosotros porque no jugabais para ganar, sino para pasarlo bien. Lo que más me gustó fue el trabajo en equipo, la unión entre vosotros y las palabras de vuestro capitán, las cuales fueron muy emotivas y reforzantes. Os llenaron de valentía y luchasteis por conseguir una victoria. Aunque quedasteis empate, para mí, sois unos ganadores.

Me dedica el aplauso y todos se unen a él. Ni sonrío, ni tengo ganas de hacerlo. Ayer estaba motivado, hoy no. Además, tengo cosas más importantes en las que pensar, sobre todo después del pequeño enfrentamiento con Snake.

—Yo quería pedir perdón por lo mal que me he comportado desde que llegué. Estaba enfadado con el mundo, tal vez, conmigo mismo y me he dado cuenta de que comportándome así, no voy a conseguir nada. Quiero recuperar mi vida y a mis padres, les echo de menos.

—Yo también —dice otro—, sé que hice las cosas mal y que robar fue una equivocación, pero la desesperación me llevó a tomar esa opción.

—Desde que tenía diez años he tomado alcohol —interrumpe otro compañero—. No me junté con nadie y tampoco lo hacía para hacerme el chulo. Mis padres fueron los culpables de que me uniera a ellos en los vicios más peligrosos que existen. Un día como muchos, iban los dos muy tomados y drogados, tanto, que me obligaron a tomar. Si me negaba,

recibía una paliza y por evitarla, lo hacía hasta que se convirtió en una costumbre que no podía evitar. Cada mañana al levantarme, lo primero que hacía era tomar dos pastillas, me liaba un porro y luego me sentaba en el sofá a beber mientras comía la primera guarrada que pillaba por la despensa. Fue a los doce años cuando mi padre contrató a una puta para que me follara, cada semana, el mismo día a la misma hora; al final, era yo el que la follaba duro, el que la hacía pedir más, el que la maltrataba y el que la dejó sin aire. Y lo más repulsivo fue cuando mi padre quiso follársela después de haberla matado. Mis padres se pusieron a discutir, yo no me encontraba bien y me fui a la terraza a devolver y cuando entré, estaban muertos.

No me termina de cuadrar la versión. Una vez, en una de las tantas charlas con Carol, abrió la carpeta y estaba la ficha de él. En rojo señalaba las palabras “asesinato múltiple”, así que él también se cargó a sus padres a no ser que sea otro como nosotros.

—No tengas miedo a contar la verdad. Ábrete y desahógate, es lo mejor.

—Está bien. —Suspira alegremente—. Cuando terminaron de discutir y echar el último polvo de su vida, se durmieron. No desaproveché la oportunidad. Les inyecté una alta dosis que les arrebató la vida en minutos. Quería dejar de sufrir y de ser quién era. Ahora, después de meses aquí, no he tenido la necesidad de tomar ni alcohol ni droga.

—¿Te han ofrecido?

—Lo hacen habitualmente —dice el cerebritito—, todos lo saben, pero no hacen nada.

—¿Te entregaste tú a la policía? —le pregunto.

No me creo su historia, aparte de que no deja de tocarse la nariz y sus pupilas están dilatadas. ¿Nadie se ha dado cuenta?

—No tengo por qué mentir, yo quiero un cambio.

—¿Has sido sincero con nosotros? —pregunta insistiendo el profesor.

—Sí, ya te ha hecho dudar este imbécil que lo único que quiere es meter calaña entre todos. ¿Por qué no le cuentas la pelea que has tenido con Snake hace un momento?, ¿por qué no le cuentas que te mueres por matar a Carol, asesino? ¿Disfrutaste matando a tu propia madre? Eres un maldito asesino y te vas a pudrir aquí, si no te matan antes.

—¡Ya basta!, ¡guardias, sacadlo de aquí!

—Claro, vamos a defender a esta escoria.

Se levanta enfurecido abalanzándose sobre mí y, por suerte, intercepto sus puños antes de que llegue a golpearme. Lo empujo e insiste en destrozarme. De su nariz comienza a salir un fino hilo de sangre y él lo refriega por sus mejillas. No quiero imaginar cuánta droga se habrá metido para llegar a ese extremo. Consigue darme un puñetazo y me defiendo, no voy a ser el paleta que se queda quieto. El cerebritito intenta separarnos, igual que la mayoría de otros presos, menos el resto que nos animan a seguir matándonos a hostias. Yo no quiero llegar a nada más, simplemente me defiendo de las garras de otro monstruo encarcelado.

Varios brazos atrapan los míos mientras me arrastran hacia el fondo de la clase. Carol entra y se acerca a mí, poniéndose delante, protegiéndome y dando órdenes pertinentes a los guardias. Lo van a subir de sección y, allí, no podrá hacernos nada. Mientras ella manda, me quedo observando su nuca y le veo el tatuaje que lo adorna. Esto solo la hace más atractiva. Se voltea con el ceño fruncido y una sonrisa seductora reaparece para hacerla rabiar.

—No sonrías tanto, llevadlo a la nueve.

Los guardias me esposan y, antes de salir del aula, el profesor se acerca deteniendo nuestros pasos.

—Richard, habla y perdónate, sino nadie podrá ayudarte.

—Él no ha tenido nada que ver con lo que ha pasado hoy. Snake y los otros son los que deberían estar en la zona roja. Si lo metes a él, estarás cometiendo un gran error que no te perdonaré.

El cerebritito sale en mi defensa y Carol es incapaz de mirarle. Deja muy clara su perspectiva y yo me dejo arrastrar por los guardias que me llevan a la sala 9.

Como todos los días, se sienta enfrente de mí esperando que le cuente todo y yo, sigo cerrando la boca. Le molesta. Le molesta que no pronuncie ni una mísera vocal y esté en este plan. Sé que estoy agotando su paciencia y verla estallar será todo un placer.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—El profesor también te lo puede contar.

—No voy a entrar en tu juego.

—Lo que pretendo es irme a mi celda y que tú y el resto de presos me dejéis tranquilo.

—Estarías más tranquilo si...

—¡Si nada! —Golpeo la mesa—. Si quieres saber lo que pasó, mira el juicio. No pienso ir repitiéndolo cada vez que me preguntes. ¡Ya basta!

La tristeza de sus ojos no me pasa desapercibida, pero no insiste, no me lo pide una vez más, no me convence, no hace nada, solo les pide a los guardias que me acompañen a mi celda. Me es imposible no voltearme a verla antes de salir de la sala. Con la cabeza cabizbaja, pone todos sus documentos dentro de la maleta que siempre lleva consigo. No sé por qué tengo la necesidad de hacer eso. Soy un idiota, un asesino.

CAPÍTULO 10

2 meses después

El ambiente está cargado de nerviosismo. El cerebritito lo acapara todo y no es para menos, puesto que hace un par de días, a su padre le dieron la libertad y hoy, viene a visitarlo. No es que sea un cotilla, pero el otro día, mientras se despedían y yo me esperaba detrás de la puerta de la sala 4, escuché que Theo iba a reabrir su negocio y le prometía sorprenderle en su primera visita. *¿Por qué algo me dice que le va a traer un pastel?* Si así fuese, espero que lo comparta y si le cuenta algo del exterior, también agradecería que me lo contase. Nosotros no tenemos la suerte de contar con una televisión plana y tener a nuestro alcance esa serie de caprichos que otros, por tener fama o tener alguna clase de enchufe con los altos cargos, tienen.

Le veo levantarse y ponerse enfrente de los barrotes. Se escuchan pasos y, también, los gritos de otros presos hacia los guardias ponen banda sonora a este sector y los guardias, en respuesta, golpean fuerte los barrotes para espantarlos de algo que ya están acostumbrados a ver. Cuando cada guardia está delante de su celda correspondiente, nos llevan al comedor. Snake no nos quita el ojo de encima. Lo veo lejos, pero lo siento cerca, demasiado y temo que pueda pasar algo más que una simple y tonta disputa.

Nada más entrar al comedor, algunos presos nuevos comienzan a gritar desde encima de la mesa, empujando a otros presos más callados e invisibles. No tardarán en hacer una visita a la zona roja, si la directiva actúa como debe, los veteranos pronto verán la libertad y los demás, seguiremos luchando por sobrevivir y escapar de las manos de Snake. La vigilancia, cada vez, está siendo más pésima. No soy capaz de entender el negocio que tienen con él y los favoritismos que tiene. *¿Cómo Carol no los cambia de sección, o su padre, que manda más?, ¿cómo pueden dejar que golpeen a otros presos hasta dejarlos inconscientes o lleguen a matarlos?, ¿no son dignos de zona roja?*

Carol... ¿por qué te empeñas en hacerme hablar a mí en vez de actuar sobre los verdaderos asesinos?, ¿por qué insistes en que te cuente mi verdad?, ¿por qué lo haces mirándome de esa manera tan noble, pero a la vez triste y luchadora?, ¿por qué me sonríes maliciosa y con tentación?, ¿por qué no puedo apartarte de mi mente?, ¿es tu plan o soy yo que también me estoy volviendo igual de loco que la mayoría?

El medio empujón de John me hace volver en mí. Tengo el bocadillo entre mis manos y todavía no lo he probado. Le miro esperando a que hable y este me reprocha el no haberle prestado atención.

—¿Qué decías?

—Que ya es casi la hora y no sé cuál será la sorpresa que me tiene preparada. Siento que es algo bueno.

No cabe la menor duda que aun estando encerrado aquí, es feliz. Feliz porque sabe que nadie podrá derrocar a su padre. Salió con las pilas cargadas, con fuerza para luchar y lejos de los matones que no dejan de observarnos.

Los guardias comienzan a decir nombres de presos, los cuales se levantan y se colocan uno detrás de otro. Les veo desaparecer cuando salen por la puerta y la cierran. De nuevo, solo. Aprovecho para terminarme el bocadillo que, para mi sorpresa, hoy es diferente al resto. Lomo, tomate, queso y un huevo. ¿Estamos celebrando algo?

Con el estómago lleno, me dispongo a salir al patio. Escucho la otra puerta y me volteo para ver quién es el que ha entrado, pero nadie lo ha hecho, sino que falta el preso más peligroso de la zona. Decido ignorar todo y salir a tomar aire nuevo, limpio, libre. El profesor se pasea con el director, mientras charlan, con el ceño fruncido, mirándonos a cada uno. Sus miradas me inquietan hasta que unos policías corren hacia ellos y se vuelven corriendo todos por el mismo camino. *¿Qué habrá pasado?* Escucho carcajadas tras de mí y veo a los horripilantes amigos de Snake. *Cerebrito*. Corro hacia la misma dirección en la que ellos lo hicieron hasta que varios agentes me paran. Les empujo, insistiendo en querer seguir.

—Exijo ver qué ha pasado.

—No estás en derecho de exigir nada, lárgate de aquí.

—¡Hijos de puta!

Golpeo a uno de ellos y todos los demás se abalanzan sobre mí. Me ponen las esposas y entre cuatro me agarran para que no escape hasta

llegar a la celda. Les grito cualquier palabra que se me viene a la mente, a sabiendas que no voy a conseguir nada con ello. Ignoran cualquier tipo de palabrota o amenaza.

Preocupado, me siento en la cama a la espera de la llegada del cerebritito. Mis piernas se mueven solas como si estuviera cosiendo a máquina. No puedo estar quieto aquí sin hacer nada, me asfixia. Se me hacen pequeñas estas paredes, se acercan, me van a aplastar, me van a dejar muerto sin aire. No quiero que le hagan daño a mi amigo. Soy leal a una amistad y no le defraudaría, aunque esta vez, lo he hecho. Era su protector, su chulapa y no he estado ahí.

La celda se abre y veo a John entrar con el labio hinchado, el ojo morado y con otras magulladuras en el cuerpo. Sus muecas de dolor hacen hervir cada milímetro de sangre que recorre en mis venas.

—Quiero hablar con Carol —digo de la manera más serena que soy capaz.

—Está reunida.

—Mira capullo...

Me amenaza con la porra en la garganta y yo me acerco hasta notar la textura del plástico en mi cuello. Sé que no estoy en posición de pedir nada, pero esto no va a quedar así.

—Dile a tu jefa que quiero hablar con ella cuando termine de hacer el idiota.

—Me lo llevo. —El otro guardia lo contradice y le reta. Me saca de la celda y le guiño un ojo al capullo.

Me lleva a la misma sala de siempre, sin embargo, está vacía. Por un momento, pienso que me van a dar la paliza del siglo y hubiera sido mejor quedarme con John en la celda, pero obvio esa posibilidad al marcharse y dejarme solo.

Espero apoyado en la pared, ya habrá tiempo de estar sentado. Me observo en el reflejo del cristal que hay frente a mí, podría garantizar de que hay alguien ahí detrás. Todos hemos visto en las películas cómo se ponen ahí para analizar, pensar o deducir todo lo que el acusado tenga que decir. Aunque, muchas veces, da igual lo que digas porque, al final, ellos tienen la última palabra, aquella que te hace culpable aun sin haber hecho algo malo. ¿Cuántos inocentes habrán pagado con su piel las acciones de

los verdaderos culpables?, ¿cuántos policías honran de verdad su traje, su trabajo y la ley?

—¡Estoy harta! —Cierra de un portazo la señorita carácter—. Cansada de entrar aquí y no conseguir nada de ti, de tener paciencia con un muchacho que solo quiere problemas.

—Y yo estoy hartos de tanta injusticia y aquí estoy. —Me acerco a ella—. Harto de la poca eficiencia de la policía, de los guardias, de tu padre, de ti... Harto de ver como dejaron al padre de John y, ahora, al mismo John. ¿Esa es la seguridad de vida que nos espera aquí?, ¿¡por qué no hacéis algo de una puta vez!?

—Te puedo garantizar que...

—No me garantices algo que no puedes darnos. No hagas promesas que no puedas cumplir. Si lo que queréis es matarnos, ¿por qué no lo hacéis directamente? ¿Te gusta vernos sufrir?

Golpea la mesa furiosa y me mira con dolor, rabia, ira, frustración... transmiten tantas cosas que no sabría decir cuál es la más poderosa.

—Si os quisiéramos muertos, ya lo estaríais. No es nuestro objetivo, precisamente. Y sí, todos cometemos errores o, ¿acaso tú eres don perfecto? Yo soy la primera que intento que nadie salga herido. Aumento la vigilancia y hago que chicos jóvenes como tú, puedan tener un futuro mejor gracias a los proyectos y las clases. No entiendes nada sobre esto ni creo que lo entiendas porque solo te centras en atacarme y echarme la culpa de todo. Además, te digo que, aunque mi padre sea el jefe y fundador de la prisión, no significa que sea dueño y señor. La justicia tiene un trecho muy largo y puede ser tanto desagradable como satisfactorio, por lo que cierra la puta boca y deja de escupir enfados que solo sientes por ti mismo, deja de reprocharle al mundo lo que te tienes que perdonar a ti. ¡Guardias, lleváoslo!

Se deja caer en la silla, rendida, con las manos a cada lado de la frente, cansada, harta de discutir con alguien como yo. No aparto la vista de ella, esperando ver sus ojos una vez más, pero no lo hace. He llegado al límite de su paciencia.

Me dejan en el patio y los mismos guardias que me acompañan a todos lados, me piden que me relaje. Me tienden un cigarro, pero no lo necesito, nunca he fumado. Me siento en el banco que hay al lado de la puerta del comedor hasta que los amigos de Snake vienen a tocarme las narices con

sus risitas estúpidas. Le doy una hostia al primero que pasa por delante de mí y en segundos se involucran los demás, aunque no consiguen detenerme. Estoy hasta los cojones de ellos. Mis puños danzan e impactan en sus caras y cuerpo, igual que yo recibo la visita de los suyos. Uno contra tres y ni siquiera se aclaran. Idiotas.

No sé la razón por la que el guardia deja que me desfogue con ellos. No obstante, son otros brazos los que me detienen. El profesor me arrastra hacia atrás sin apenas fuerza. Su mirada es suficiente para tranquilizar la ira que se había apoderado de mi cuerpo y mente. Mi respiración agitada provoca que me ahogue; sintiendo un nudo en la garganta que lleva a todos esos recuerdos a volver, a atormentarme, a perder de nuevo a mi verdadero amor, mi madre.

—Respira tranquilo.

Me lleva a su despacho y me hace sentarme en su silla. Cierro los ojos, queriendo controlar la angustia que no me abandona. Golpeo la mesa impotente, las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos y los abro intentando no derramar ninguna. Distrayo mi mente observando este lugar, pequeño, con una sola estantería detrás del escritorio, un pequeño sofá a su izquierda y unas fotos encima de la mesa. Agarro la foto de su hijo pequeño y una débil sonrisa aparece al verle tan feliz. Muy poca gente cambia después de haber hecho algo tan malo, sin embargo, él, es uno de esos afortunados que lo consiguió. Se les ve felices, muchísimo.

—¡Mamá, mamá!, ¿sabes lo que he visto?

—¿Qué has visto, cielo?

—Las atracciones de la feria, ¿podemos ir?

—¡Claro que sí!

Busca entre sus cosas y encuentra unas pocas monedas. Quiere sonreír, pero yo sé que no es una sonrisa de felicidad.

—Mamá —digo, abrazándome a sus piernas—, solo quiero verla, no necesitamos dinero.

—Me gustaría que pudieras hacerlo, cariño, pero todavía no me han pagado.

—No te preocupes, habrá más años para hacerlo.

Me acaricia para luego estrujarme cariñosamente entre sus brazos. Mi lugar favorito en el mundo.

E incluso de mayor lo era. Me tumbaba en el sofá y me dejaba mimar y a la inversa. Cuando apoyaba su cabeza en mis piernas y le acariciaba el pelo o, cuando se encontraba muy mal y venía a mi habitación en busca de un cálido abrazo lleno de amor. Amor del bueno, amor de hijo. Ella se lo merecía todo. Por todos los esfuerzos que hizo para que no tuviera necesidad ni me faltara de nada. Yo era feliz solamente teniéndola a ella.

—¿Estás mejor?

Dejo la fotografía en su mesa. No he escuchado cuando ha entrado.

—Sí, gracias.

—No pasa nada por mostrarte tal y como eres, ni tampoco que estuvieras viendo la foto de mi hijo, ni que llores porque tu madre no esté. Haber creado una coraza a tu alrededor no va a solucionar las cosas, del mismo modo que los golpes tampoco lo hacen. ¿Qué consigues?

—Nada.

—Y si lo sabes, ¿por qué lo haces?

—Porque no voy a consentir que hagan daño a las personas que me importan.

—¿Y lo es, John?

—Sí.

Me hace la reflexión, pero ya no oigo nada. Mi cuerpo está fuera de combate, mi mente está inmersa en esos recuerdos en los que necesitaba un abrazo y lo obtenía sin dar explicaciones. Ella sabía todo lo que pasaba con tan solo mirarme a los ojos y sentir mi cuerpo débil y abatido. Cuántas veces he llegado del trabajo asfixiado y ella, después de ser obligada a tener sexo, venía, me abrazaba y me decía que no pasaba nada y que siempre nos tendríamos el uno al otro. No sé si voy a ser capaz de superar este dolor que me consume día tras día, que me ahoga solo al pronunciarla o pensarla.

No quiero morir, sin embargo, en ocasiones, pienso que sería lo más justo. Si yo me hubiera mantenido al margen de todo, si no me hubiera sentado con John y su padre, solo yo sería el punto de mira de Snake. Ni siquiera Carol tendría que lidiar conmigo para averiguar la verdad que tanto se empeña que confiese. Ella sabe mi versión, ella ha visto el juicio y, aun así, insiste en hacerme recordar todo ese dolor. Carol, cánsate de mí y mándame a la zona roja, donde dejaré que me atrapen para desaparecer.

CAPÍTULO 11

Algo interrumpe mi sueño y escucho al cerebritito maldecir por lo bajo. Froto mis ojos para luego desperezarme y estirar mi espalda. Me siento en la cama viendo la destroza que ha hecho John con la estantería. La mitad de las cosas están en el suelo y una balda baila de un lado a otro a punto de caer al suelo.

—Era horrible, pero no para romperla.

Se voltea asustado y comienzo a reírme, de buen rollo. Decido levantarme para ayudarle y, de paso, examino de reojo sus moratones y heridas. Sus manos tiemblan y su respiración es inestable.

—Luego lo arreglamos, relájate, no has matado a nadie.

Me hace una mueca burlona y terminamos sentados en el suelo, apilando los libros.

—He estado pensando y creo que te voy a entrenar. Esos brazos debiluchos, necesitan fuerza.

—¿Para qué me va a servir si ellos son más?

—Sé que la pelea no es la dirección correcta, sin embargo, a veces, ayuda a sobrevivir. John, tienes que luchar por tu vida. Si algo he aprendido aquí es que tenemos que persistir por lo que queremos. Además, eres fuerte, solo que tú no lo crees. ¿A caso no recuerdas el moratón que me hiciste el primer día?

Se burla de mí mientras lo recuerda y me da un empujón amistoso. Enzaramos una pequeña pelea juguetona entre amigos hasta que la maldita sirena interrumpe un momento agradable y tranquilo.

Todo está muy tranquilo en el comedor. La pandilla de Snake no está y se nota en el ambiente. La calma y tranquilidad de los presos se notan, aunque cierto grupo de jóvenes, nuevos, están armando un poco de barullo entre ellos para ver quién es el macho dominante, pero nada que dos porrazos en la mesa no arreglen.

Tengo la sensación de que en esta cárcel está pasando algo extraño. Hay mucha gente a la que no veo con cara de peligro —que sé perfectamente

que las apariencias engañan—, pero aseguraría que la mitad de los que estamos aquí, no hemos hecho nada parecido a lo que habrá hecho Snake y su recua.

—Últimamente divagas mucho, ¿será que las clases comienzan a dar sus frutos?

—No fantasees, cerebritito —digo, restándole importancia—. Voy al patio, ¿vienes?

—Claro, vamos a darle forma a mis brazos.

Su estado de humor parece haber cambiado desde que me he despertado. Está de buen humor hasta al salir al patio y encontrarnos con nuestra peor pesadilla. Los policías se ponen en alerta al ver que Snake se acerca a nosotros.

—Son mis últimas palabras contigo. Vuelve a meterte donde no te llaman y eres hombre muerto.

—Oh, qué miedo me das... —Me mofo de él—. No te metas tú conmigo o el muerto serás tú.

El profesor aparece de improvisto y se mete en medio, separándonos. Comienza a reclamar la ayuda de los guardias cuando Snake intenta apartarle para acercarse a mí. John ayuda al profesor y me aparta de ahí. Intenta que me relaje y no entre al trapo, pero ese gilipollas me pone de los nervios, saca lo peor de mí.

Otras manos ayudan a John a echarme hacia atrás y alejarme de ahí. Sé quién es y no me hace voltear para ver a Carol. Esta pasa por nuestro lado, haciéndole una media sonrisa a John y pasando por completo de mí. Se acerca dónde está el profesor y hace a los guardias atrapar a Snake y, por fin, llevarlo a la zona roja.

—Tendría que estar allí desde hace mucho tiempo. ¿A qué estabais esperando?, ¿a que mate a alguien? —Nos señala muy descaradamente el profesor—. Ya está bien, ellos merecen estar en paz.

—¿Piensas que no me gustaría dejarle allí encerrado? —Se cruza de brazos, enfadada—. Hasta que no logremos saber quién es el que está detrás de todo esto, él será el mayor peligro para los inocentes.

Ambos bajan la voz cuando se dan cuenta de que nos hemos acercado a oír su conversación.

—¿Quién será la paloma blanca de Snake?

—No lo sé, pero sabía que pasaba algo. No es normal que tanta gente, sobre todo jóvenes, entremos día sí, día también. Hay alguien que está manejando marionetas y me jodería pensar que Carol, su padre o el profesor pudieran estar detrás de todo esto.

—No, ellos no son. Han ayudado a mucha gente. —Mueve la cabeza negativamente no queriendo escuchar mis palabras. Para él, ellos se han vuelto personas importantes—. Ayudaron a mi padre y, también, lo están haciendo con nosotros.

—¿Se te ocurren más personas? —digo siendo obvio.

—¿Guardias?

—¿Tienen tanto poder para dejar libre a Snake? ¡Se realista!

—Soy realista y no creo que ellos tengan algo que ver con todo esto. Si lo dejan en libertad será porque el juez está metido en el meollo.

—Eso ya tiene más sentido, pero ¿cuál?

Ambos nos sumergimos en un silencio chirriante. Nuestras mentes van a la velocidad del rayo queriendo averiguar qué está pasando en este maldito lugar, pero como he dicho, tenemos que ser realistas porque no podemos hacer nada. Si en verdad hay algún juez involucrado, no vamos a ver la luz del sol en mucho, pero que mucho tiempo. Tenemos las horas contadas en esta jaula que tantos enfados, tristezas y alegrías han visto.

—Richard, vámonos.

Me doy la vuelta sorprendido al escuchar a Carol detrás de mí. Pensaba que después del otro día, se había dado por vencida. La sigo sin rechistar hasta llegar a nuestra sala preferida, aquella que solo ve el enfado de Carol y la prepotencia que quiero transmitir.

—Siéntate.

Lo hago. Suspira antes de abrir la carpeta donde anota cosas cada vez que venimos aquí, aunque no sé qué puede escribir porque nunca le cuento nada. Pondrá lo gilipollas que soy. Hoy se le ve realmente agobiada y cansada. Desde que estoy aquí, nunca la había visto así y, debo admitirlo, no me gusta. Sé lo que se siente cuando el trabajo se apodera de ti y piensas que no vas a poder salir adelante, sin embargo, todo pasa a medida que avanza el tiempo. Yo pensaba que me hundiría en la miseria y logré sacarlo a flote ganando mucho más de lo que pensé en un principio. Si ella, en realidad, no tiene nada que ver con lo que está pasando, tiene

muchísimo trabajo por delante; trabajo bastante más importante que intentar que yo le cuente lo que sucedió aquel día.

—Richard. —Mira sus manos agarradas y luego a mí, con rendimiento—. Te voy a dejar un día para que decidas si vas a acceder a contarme tu versión de los hechos o no. De no ser así, Sarah, la otra abogada, será la encargada de coger tu caso y ya dependerá de ella lo que pase contigo. No puedo ayudar a alguien que no quiere que lo ayuden. Pedir ayuda y reconocer que lo hemos hecho mal no es ser débil, es avanzar hacia un futuro mejor. —Sus ojos apagados están siendo sinceros y, eso, me rompe y hace que de nuevo aparezca ese maldito nudo en la garganta que no me deja respirar y otro en el estómago, al cual presiona teniendo, aún, más dolor—. Tienes taller, los guardias te llevarán hasta la clase.

—Espero verte mañana más sonriente, hoy has estado muy sosa —digo intencionadamente para provocarla y terminar como todos los días, pero esta vez no.

Nada más llegar a la clase del taller y sentarme al lado del cerebritito me pregunta qué tal ha ido con Carol.

—Me ha dado un día para contar mi verdad.

—Buenos días.

El profesor entra serio, aunque hoy parecen estarlo todos.

—Hoy vamos a hacer algo diferente al resto de días. He visto comportamientos impulsivos de muchos de vosotros y lo que pretendo en estas sesiones, es precisamente que intentéis calmar esos impulsos que os llevan a cometer acciones incorrectas. Por ello, quiero que os relajéis encima de la mesa, poneos lo más cómodos que podáis, aunque ya sé que no es como un colchón.

Increíble pero cierto, todos le hacemos caso. Escuchamos de fondo una dulce melodía, tranquila y relajante, en la que se escucha el aire junto al mar, los pájaros a la lejanía cantan y, poco a poco, nos atrae hacia un estado neutro en el que no hay pensamientos, sino paz y calma. Un lugar en el que se puede respirar profundamente, descansar y relajarse. El profesor nos está leyendo algo a la vez que la música nos embauca y no lo oigo, se aleja más hasta que desaparece. La oscuridad se convierte en una luz blanca de la que no quiero salir nunca. Aquí estoy siendo feliz.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que una mano se ha posado en mi hombro y lo aprieta para que despierte. No quiero salir de este trance, pero no podía durar para toda la vida. Al abrir los ojos, veo a mi compañero con una sonrisa y plácidamente dormido sobre su mesa. Sigue con los ojos cerrados hasta que el profesor le hace lo mismo que me ha hecho, aprieta su hombro y lo trae de vuelta a la dura realidad. ¿Cómo ha conseguido esto?

Despierta al resto y después se sienta encima de la mesa, típico en él.

—Mi intención no era que os durmierais, pero si os habéis relajado es lo que cuenta. Recordad esa paz, cada vez que la guerra quiera invadiros. Es complicado, lo sé, pero intentarlo, es beneficioso para vosotros. Controlad vuestra ira y vuestros impulsos y seréis un poco más felices.

—Ha sido muy buena la técnica, ¿podemos hacer otra?

—Tal vez, el próximo día. —Le sonrío amable—. Ahora quiero hablaros de la empatía. ¿Sabéis lo que es? —La mayoría asentimos, los demás, comienzan a hacer el imbécil, como siempre—. Pues bien, os voy a poner un caso y me tenéis que decir cómo os sentiríais si fuerais la persona que lo ha vivido. ¿Me explico?

—Como un gilipollas te explicas.

—Guardias, sacad a esos tres de aquí. A partir de hoy se van con el otro grupo. —Se los llevan y la tensión que creaban desaparece, dejando un ambiente calmado—. Comienzo: una joven fue a comprarle el regalo de cumpleaños a su novio. Sabía exactamente lo que quería, puesto que lo conocía como la palma de su mano. Ansiosa por entregarle el regalo, fue a su casa, allí vio cómo lo golpeaban y acuchillaban. Él la vio y ella se tapó la boca con las manos para que sus sollozos no se oyeran. Él le hacía señas disimuladas, para que se fuera de allí y no le hicieran daño, sin embargo, su cuerpo estaba paralizado por el miedo. Su llanto cada vez aumentaba de intensidad y, fue ahí, cuando los atacantes se dieron cuenta de que alguien más se encontraba en la casa. Dejaron que el joven muchacho se desangrara, mientras buscaban a la otra persona. Se escondió entre los arbustos para no ser encontrada y lo logró. Vio cómo se marchaban y hasta que no pasaron unas horas, ella no salió de su escondite. Cuando llegó a su lado, ya era demasiado tarde, no podía hacer nada. Llamó a la policía y esperó a que fuese. Lloraba desconsolada llena de dolor, tristeza, rabia, impotencia.

Todos nos mantenemos en silencio escuchando atentamente la historia que nos cuenta. Ni siquiera me he dado cuenta de lo fuerte que he estado apretando mis puños, blancos y rojos al soltarlos. ¿Para qué me ha servido la relajación?, ¿para qué nos relaja si nos va a alterar de nuevo? Esto no se hace, joder. Siento otra vez el nudo en mi garganta y la furia rabiosa e impotente en mi interior. Me ha hecho recordar a Ronald y lo gilipollas que fui al no hacer nada antes de que pasara lo que pasó. Ella no se merecía morir, no, joder, ella no. No quiero que este tormento me persiga, no quiero recordarlo, no quiero vivirlo de nuevo, no quiero sentir lo que siento.

Me levanto de golpe y me voy fuera. Les pido, más bien, les exijo a los guardias que me llevan a la celda y el profesor acepta mi petición sin querer convencerme de quedarme.

Me acuesto en la cama, con la cara pegada a la almohada, asfixiándome de la misma manera que lo hacen mis recuerdos.

CAPÍTULO 12

El frío metal penetra lentamente por varias partes de mi cuerpo desnudo tirado en el suelo, en cambio, la cuchillada más dolorosa es el sufrimiento que le causan a ella. La obligan a ver cómo me matan dolorosamente hasta dejarme en un débil aliento, suficiente para contemplar la muerte cruel y brutal de mi madre.

Ronald y Jeff la desnudan sin piedad, empujones, golpes y sin ningún tipo de pudor. Comienzan a follarla sin escrúpulos. Ronald la penetra a ritmo descontrolado mientras Jeff mete su polla en su boca hasta ahogarla. Escupe el semen, haciendo arcadas angustiosas hasta que un grito desolador penetra en mi corazón de manera inmediata al ver como la sangre resbala por su espalda al cortar su piel. Ronald aprieta los cortes y se pega a ella, acostándose él de espaldas, teniéndola apretada contra su pecho, penetrándola de la misma manera salvaje que al principio. Jeff se une y gruño de rabia al no poder moverme. No siento las piernas, no puedo ayudarla. Quiero gritar, pedir auxilio y que alguien nos ayude, pero es imposible. No soy consciente de que he muerto hasta que la matan a ella...

Muerdo la almohada ahogando un grito de dolor asfixiante que presiona mi pecho. Oigo el carraspeo de John, advirtiéndome de que está despierto. Intento hacerme el dormido, pero sé que no cuela. Insiste hasta tocarme el brazo para que me voltee. Las pesadillas han vuelto y no quiero que nadie lo sepa y menos, que él, me tenga lástima. En estos momentos soy una mala compañía para cualquiera. Siento que de un momento a otro voy a explotar, no pudiendo controlar mis emociones y prefiero quedarme encerrado en esta jaula sin salida.

—Es hora del almuerzo, Richard.

—No tengo hambre.

—Richard, vamos.

—Nos vemos en el taller.

El guardia le pide que abandone la celda y me deje descanso. Suspira resignado y se marcha sin decir nada. Tienen como norma que todos los presos vayan al comedor, pero hay guardias que la dejan pasar, siempre y cuando se queden vigilando las celdas. Aunque el tiempo en soledad se hace corto, demasiado. Golpean los barrotes de las celdas de todos los que nos hemos quedado y nos llevan hacia el taller.

No me encuentro demasiado bien y no estoy de ánimos para afrontar ni empatizar con el resto de mis compañeros, ni tampoco de relajarme ni de ser buena persona ni nada relacionado con...

—Se viene conmigo.

Carol aparece de la nada y el guardia me deja en sus manos. De camino a la sala nueve, vemos a Snake saludarnos con perversidad, haciéndonos el gesto de la muerte. Carol comienza a gruñir en voz baja, su cara cabreada refleja que sus planes de tenerlo encarcelado en la zona roja no han sido positivos.

—Siéntate.

Su voz es dura, no como las otras veces que, con voz tierna y cercana, me pedía que le contara lo que me pasó. Echa las cosas encima de la mesa de forma bruta, se sienta cruzándose de brazos, con rabia en su mirada.

La señorita carácter en acción.

La puerta se abre y veo entrar a una mujer, la cual reaparece en mi mente de repente. Yo sé quién es y ya puede salir de aquí si no quiere que la mate.

Su mirada es poderosa, prepotente y cruel, la misma que la de Ronald. Hijo de puta, cuánto dolor le has causado a mi pequeña familia. Ella es igual, es una maldita desgraciada que tiene suerte de que haya guardias y esté Carol presente. Si ella está aquí, no es una casualidad.

—Como no quieres hablar conmigo, Sarah puede hacer lo que yo nunca pude.

Hace tiempo, me recriminaban el pagar con ellos algo de lo que no tenían culpa, ahora, ella, está cayendo del mismo modo. Está pagando su cabreo conmigo, pero esta vez, todo va a ser diferente porque tengo claro lo que debo hacer.

—Estoy dispuesto a hablar contigo, si ella se larga.

—Parece que has convencido al asesino.

Me contengo en no contestarle y ser respetuoso. Ahora mismo, lo importante es hablar con Carol, contarle todo con pelos y señales, decirle todo lo que pienso y las teorías que se cruzan por mi mente.

Sale de la sala cerrando de un portazo. No me fío y sé que habrá ido a la otra sala en la que escuchar toda nuestra conversación. Así que, le cojo un papel y el bolígrafo a Carol y le escribo:

«Si quieres que hable, no será entre estas cuatro paredes»

Me mira extrañada y yo le tiendo las manos para que me esposen, pero hace todo lo contrario. Me hace una señal para que la siga hasta llegar a la puerta del patio, pero la hija de puta tenía que decir su última palabra.

—Ten cuidado, sigue siendo un criminal.

Ve como respiro profundamente en busca de alguna razón por la que no darme la vuelta y matarla. Su mano en mi espalda me indica que salga primero y eso es lo que hago. Nos sentamos en uno de los bancos y ella espera mi confesión, sin grabadora, sin papeles, sin nada de por medio. Solo ella y yo.

—Mi madre conoció a Ronald hace varios años, al principio, bien, solamente los oía cuando tenían sexo y, aunque no era demasiado agradable escucharlo, me aguantaba. Sin embargo, al poco tiempo, todo cambió. La persona que solo venía por las noches para follar, se instaló como si fuese su casa. Se pasaba el día tumbado en el sofá, sin hacer nada, sin trabajar, gritándome cada vez que me levantaba para ir a trabajar o cuando volvía, cuando hacía la comida o cuando me duchaba. Aunque... ¿qué era eso comparado con lo que estaba haciendo? Empecé a darme cuenta de que no solo yo era el afectado de los ataques de Ronald, sino que mi madre llevaba tiempo siendo su esclava, en todos los sentidos y de todas las maneras. La maltrataba y yo no podía hacer nada. Me amenazaba con matarla o torturarla más de lo que ya lo hacía. Tenía miedo de que realmente cumpliera su palabra y cruzara esa fina línea de la que tanto hablaba. He escuchado como la violaba, en mi propia casa, cómo le gritaba que la iba a hacer pedazos, que iba a matarme si no hacía lo que le pedía. Había veces que no me aguantaba y estaba dispuesto a sacarlo de nuestras vidas, pero ella me pedía, no con palabras sino con miradas, que no hiciera nada. Solo quería protegerme de la bestia. —Cierro los ojos queriendo contener esas lágrimas que desde que he comenzado a hablar de ella, se han adueñado de mis ojos. Carraspeo, aclarando mi voz e intentando tragar

todo ese dolor que todavía sigo sintiendo en el alma—. Así que, me busqué un trabajo por las noches, por lo que tenía todo el día ocupado. Por la mañana trabajaba en el taller y por las noches en la discoteca, pero ese día...

Carol se levanta y se pone frente a mí, mirándome fijamente a los ojos, viendo como los tiene nublados y a punto de llover.

—Me despertaron los gritos. Quise darme la vuelta en la cama, tapándome los oídos con la almohada, pero seguía oyéndola llorar como nunca antes lo había hecho. No era un lloro normal y corriente de pena o tristeza, era uno de auxilio demoledor y que no he sido capaz de apartar de mi mente, de mis recuerdos. Me levanté preocupado, enfadado y decidido a terminar con todo aunque ella se interpusiera. Ya estaba bien de padecer, él tenía que irse de allí fuera como fuera.

Abro la puerta y veo a mi madre en el suelo con la cara llena de sangre y medio desnuda, solo las bragas tapaban su desnudez completa. Lleva cortes en las piernas y, también, en los brazos. Él sale de la cocina sonriente y victorioso, con una mirada realmente escalofriante.

—¿Has venido a ver el show?

—He venido a romperte la cara en cuanto no dejes a mi madre en paz. ¡Lárgate de esta casa!

—Qué valiente es tu hijo, Marilyn.

Me acerco con paso firme para echarle de nuestra casa, alejarle de nuestras vidas, sin embargo, nos sorprende sacando una pistola de detrás del pantalón. Me detengo en seco y él comienza a reír como un desquiciado ganador.

—¿No querías ser el héroe de tu madre?, ¿por qué no te acercas ahora?

—Suelta la pistola o llamo a la policía. Te aseguro que esta vez la llamaré.

—Será una lástima...

Dispara sin piedad a mi madre y me quedo atónito. Veo como la sangre comienza a brotar de su cuerpo, dejando un riachuelo de sangre a su alrededor, rompiéndome en mil pedazos. Pero pronto ese dolor enrojece de ira. Ira que se apodera de mi cuerpo y de mi mente. Me abalanzo sobre él e intento arrebatárle la pistola. Forcejeamos, me escupe, me golpea, pero

yo no quito las manos de las tuyas y sigo la misma danza peligrosa con la finalidad de conseguir el arma. Mueve el brazo hacia arriba, hacia abajo; golpeo su estómago y, a su vez, con el codo, su cara.

El arma sale volando hasta caer al suelo. Nuestros golpes paran por un instante al mirar hacia dónde está y entre empujones, corremos hacia ella. Salto por encima del sofá y me echo al suelo a por ella, sin pensarlo. La agarro y oigo su voz acercándose colérica. Me doy la vuelta y aprieto el gatillo varias veces, impactando contra su cuerpo. Caer de rodillas y toca su pecho ensangrentado. Me mira rabioso hasta caer completamente al suelo sin vida.

Mis manos tiemblan, igual que todo mi cuerpo. Miedo, dolor... Me acerco a mi madre; ella que descansa de este aterrador infierno.

—Por favor, mamá, no me dejes solo.

La abrazo fuerte contra mi pecho y siento como si alguien tocara mi hombro. Dejo escapar cada lágrima de tristeza que he querido derramar, día tras día, al vivir en un infierno continuo.

Acaricio su suave pelo, aquel que hace apenas días se había cortado en busca de aire nuevo y puro en el que respirar. Puede que incluso buscando esa llama que le diera el empujón de denunciarle.

—Mamá, no puedo reprocharte que hayas querido protegerme toda esta vida ni que hayas querido afrontar tú sola esta vida llena de dolor. Has sido una heroína para mí, un ejemplo a seguir, de lucha, constancia, de fuerza... —La aprieto más y más fuerte a mí, queriendo escuchar su corazón, pero ya no lo siento y no lo voy a sentir—. Ya añoro tus sonrisas y tus abrazos, aquellos que me has regalado durante todos estos años. Esos arrumacos juguetones o pellizcos en las mejillas. Sabías que lo odiaba, pero ahora pagaría todo el dinero del mundo para que lo hicieras. —Acaricio sus mejillas pálidas—. Te necesito, mamá, te necesito entera, aquí y ahora. No quiero sentir este dolor desgarrador que me hace trizas el alma. No quiero esta ausencia, ni añorarte. Solo quiero que estés a mi lado, siempre, como hasta ahora.

Y así estoy durante horas, llorando el vacío que deja y despidiéndome de ella; recordando nuestros momentos más felices, los más intensos y los más llenos de amor.

—Llamé a la policía y vino. Les conté todo lo que había pasado y me arrestaron. Fui condenado por los asesinatos de mi madre biológica y mi padrastro, el cual, curiosamente, es el hermano de Sarah, tu compañera.

—¿Sarah es hermana de Ronald?, ¿cómo lo sabes?

—Recuerdo que un día, cuando mi madre se fue a hacer la compra y yo me estaba cambiando para ir a trabajar, vino una mujer. Pensé que era una puta con la que ponerle los cuernos a mi madre, pero cuando salí y la vi, supe que no. Además, les oí decir: *El plan va sobre ruedas, sigue así, lo conseguiremos hermanito.*

—No consta que tenga un hermano en la base de datos, pero investigaré sobre ello. Acabas de darme una gran pista en la que adentrarme.

Se queda pensativa. Sus ojos miran mis manos apenados. No brillan, no sonrío, pero su dulce caricia sobre ellas, consigue relajarme por unos minutos. Poco a poco, las aprieta con fuerza hasta encajarlas como un puzle al que parecen pertenecer.

—Richard —de nuevo sus ojos invaden los míos, quedándome absorto de todo lo que nos rodea—, vas a salir de aquí y mi padre y yo te vamos a ayudar.

—Solo quiero que se le haga justicia a la muerte de mi madre.

—Se le hará y tú también la tendrás. Te lo aseguro. —Me sonrío queriendo tranquilizarme y lo que no sabe es que ya lo hace. Sin embargo, no puedo hacérselo ver, no ahora—. Algo me dice que ella es la culpable de no solo la muerte de tu madre, sino de muchos actos delictivos más.

—Gracias.

—Estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé, no eres mi enemiga.

—¿Ahora te dedicas a robar mis frases?

—No puedo perder mi encanto.

Le guiño un ojo y ella estalla a carcajadas. Nunca la había visto tan cercana, seguramente fui yo al apartarla lejos al no confiar en ella, pero ¿quién lo hubiera hecho después de todo lo que me ha pasado con la justicia?

Me acompaña a mi celda y le dice algo en voz baja al guardia que paseaba por el pasillo. La señorita carácter es la única que puede ayudarme y mis pensamientos queriendo traicionarme y ahogarme una vez más. ¿Y si me ha hecho una encerrona y está aliada con Sarah? Creo que es algo

que me niego a creer. Sus gestos, sus caras, las lágrimas de sus ojos, su cercanía... todo la delataba de una manera u otra.

—Has venido ausente, chulapa, ¿qué te ha pasado?

—He visto a...

—Al fin tengo al asesino de mi hermano frente a mí —dice Sarah desde los barrotes.

Los dos nos quedamos observando a esa serpiente que nos escupe veneno desde la parte exterior de los barrotes. Tiene su misma mirada malvada, aquella que daba escalofríos ver.

—Vas a pagar por todo lo que hiciste.

—Él pagó sus consecuencias por ser un maltratador y un violador. Eres igual de repugnante que él y, tarde o temprano, toda la verdad se sabrá y nuestros sitios se intercambiarán.

—Nadie va a creer tu verdad y, entre nosotros, —dice en voz baja, con una sonrisa endiablada como el mismísimo Satán— vais a terminar muertos, los dos.

Se ríe como la desquiciada que es y se marcha con sus andares chulescos, llamando la atención de la mayoría de los presos que le gritan el buen polvo que lleva encima. La muy hija de puta ya se habrá encargado de todo para quedar indemne de cualquier prueba que la incrimine.

—Esa tía está muy mal de la cabeza, ¡nos ha amenazado de muerte!

—Es igual que su hermano Ronald.

—No me jodas... no me había dado cuenta.

—No voy a dejar que te hagan daño, cerebritito, tú no tienes nada que ver.

—Siempre me proteges, chulapa. No te voy a dejar solo.

Y como alguien que al principio hubieras matado, es ahora tu amigo; tu única familia.

—Gracias.

CAPÍTULO 13

Estos días están siendo muy intensos, no solamente para mí, sino también para John. Hoy viene su padre, está nervioso, preocupado por si alguien le hace algo mientras él está aquí. Theo le prometió que vendría todos los meses y lo cumple a rajatabla. Cuando les veo, recuerdo lo unidos que estábamos mi madre y yo. Más que amigos, parecían hermanos, aunque tuvieran sus diferencias, como todos.

—Richard, tienes visita.

—¿Yo? —pregunto extrañado.

¿Quién quiere verme?

Sigo al guardia, el cual me lleva esposado hasta la zona de visitas, donde me las quita nada más cerrar la puerta. El padre de John se acerca a mí y me da un abrazo que en cierta manera me recompone. La magia de los abrazos, tal y como decía mi madre. Sin embargo, no son como los de ella. Marilyn era la única que sabía cómo hacerlo. Achuchones que voy a extrañar de por vida.

—¿Cómo estás, Richard?

—Podría estar mejor.

Nos sentamos en la mesa próxima a la puerta y él se frota las manos antes de seguir hablando.

—Quería hablar contigo. Tenemos una conversación pendiente.

—No tenemos que hablar nada, eso queda en el pasado.

—No. No queda en el pasado porque los dos la tenemos muy cerca.

Se toca el pecho y yo asiento, notando de nuevo ese nudo en la garganta que me ahoga y me asfixia cada día, cada hora, minuto, segundo.

—No tenemos que hablar nada. Su hijo me lo contó todo.

—Por favor, no me llames de usted que me haces más mayor de lo que ya soy. —Sonríe, aunque no tarda en volverse serio—. ¿Mi hijo te ha enseñado las fotografías?

—Sí.

—Tu madre era una bellísima persona. Era dulce, cariñosa, muy buena. No se merecía la vida que tuvo, no obstante, dentro de toda esa amargura

que la invadía, tuvo el mayor regalo de su vida, tú. Para ella eras la estrella que la recomponía cada mañana, cada tarde, cada noche. Tú le dabas fuerza cuando ella se quedaba sin ellas. Tú le dabas el único amor que, nunca, nadie, le podría dar. Tú fuiste su confidente desde que naciste, su fuente de energía, su felicidad eterna. —Seca las lágrimas que sin quererlo han comenzado a resbalar por sus mejillas, delatando la tristeza en sus ojos y en su voz—. Me arrepiento de...

—No te arrepientas —digo cogiéndole las manos con fuerza—, aunque la hubieras aconsejado, como no me cabe duda que hacías, no te habría hecho caso. Ella era así... hasta que no se daba cuenta de las cosas no las dejaba o no la dejaban.

—Debió ser un infierno...

—Lo era, créeme, al menos, ahora, ya no la maltratan, ni la violan, ni sufre...

—Sabes que nos tienes a mi hijo y a mí para lo que sea. Nunca tengas miedo de pedir ayuda, porque aunque te niegues, vamos a estar ahí.

—Lo sé. —No estoy acostumbrado a esto, no obstante, él se lo merece. Errar es de sabios y yo reconozco que me equivoqué—. Lo siento.

—No lo sientas, no hay nada que perdonar.

—Gracias.

—¿Te puedo pedir algo?

—Sí.

—Cuida de mi hijo, por favor.

—Lo haré, seré su hermano mayor.

Reímos y nos despedimos con un abrazo. Nada más salir de la sala de visitas, Carol aparece para llevarme a una sala distinta a la que vamos de costumbre. En esta no hay cristal, ni cámaras, ni micrófonos que puedan grabar nuestra conversación.

—¿Cómo va el taller?

—¿Qué te voy a decir? No es mi punto fuerte...

—Ah, ¿qué tienes un punto fuerte? —dice haciéndose la sorprendida.

—Claro que sí, solo que tú no lo sabes.

Le guiño un ojo coqueto y esta rueda los ojos de forma graciosa. Se sienta encima de la mesa, justo enfrente de mí que estoy sentado en la silla. Me mira juguetona, con los brazos bajo los pechos.

—Tengo los ojos más arriba —dice Carol con una media sonrisa.

—Si te miro a los ojos te enamoro —contesto en tono fanfarrón.

—Más te gustaría a ti. Deja la chulería y cuéntame cómo te va.

—Ya te lo he dicho, no es mi punto fuerte. ¿Sabes lo que más me gustó? El día que jugamos al fútbol. El mejor día de todos.

—Todo no se basa en el fútbol. Tienes que aprovecharlas, Richard. Sé que es complicado, pero es bueno para ti.

—¿Para pasar el tiempo?

Me da una pequeña patada en la pierna con intento de enfado y reproche. Su ceño fruncido es muy gracioso y no puedo evitar sacar mi parte más puñetera. Le jode, lo sé. Su cara lo revela todo, es transparente como el agua clara del océano.

—Te estoy hablando en serio, Richard.

Me mira con ojos de niña pequeña para que ceda y eso lo único que provoca en mí es querer hacerla rabiar más. No va a ser tan fácil convencerme.

—Yo también, Carol.

—¡Qué alguien me dé paciencia o lo mato!

—Ya me quieres hacer compañía en la celda, ¿eh? ¡Qué listilla la señorita...! Creía que eras más seria.

—¿Me vas a hacer caso o no? Tengo más cosas que hacer.

Su tono ya no ha sido el dulce que había utilizado, he conseguido mi objetivo, enfurruñarla un poco haciéndole la puñeta y no ha terminado aquí. Este solo ha sido el comienzo del juego que hemos empezado ambos, ahora no hay ningún secreto que nos ponga a la defensiva.

—Sí, te haré caso. Ya sé que te has enamorado de mí y que quieres hacerme compañía en la celda. —Rueda los ojos y frunce el ceño. Su paciencia se está agotando y yo soy el culpable... que palabra más acertada y repetida, culpable...—. Estoy participando más, aunque mis ganas sean escasas. Yo también quiero salir de aquí y volver a rehacer mi vida.

¿Podré, en verdad, rehacerla al salir de aquí?, ¿seré capaz de soportar la soledad y el vacío que me ha dejado mi madre?, ¿tendré el valor de volver a aquella casa donde ha habido tanto sufrimiento, pero a la vez felicidad?, ¿podré mirar su foto sin derrumbarme en el intento?, ¿seré feliz algún día?

CAPÍTULO 14

Un mes después

—Abre, tengo que llevarme a Richard.

Así comienza mi mañana. La voz de la señorita carácter ya acontece que algo no está yendo bien. De un salto me levanto y no le hago perder el tiempo. Estiro mis brazos y ella niega, dejándome pasar delante de ella. El cerebritito intenta venir y persuadir a Carol, pero ella le pide que la espere en la celda. Solo puedo ir yo.

Veo la preocupación en los ojos del cerebritito y debe estar reconcomiéndose, puesto que no puede hacer nada por mí en cuanto yo puedo defenderle con los puños si es menester. El guardia se queda delante de nuestra celda, vigilándolo. John está en continuo peligro, ya que Sarah no hace nada más que sacar a Snake de la zona roja. Este lo tiene en el punto de mira y no voy a permitir que le haga daño, se lo prometí a su padre y yo siempre cumplo mis promesas.

Después de recorrernos el pasillo y dejar a un lado las salas de interrogatorios, entramos en el despacho de su padre, en el que hay un hombre al que no había visto nunca. Me piden que me siente enfrente de ellos y Carol lo hace a mi lado.

—Richard, este es Daniel, tu abogado. —Me quedo sorprendido, yo no he pedido ningún abogado—. Nos ha llegado una orden para que te traspasemos a la zona roja, por lo que dice eres agresivo, golpeas a otros presos, amenazas a tus superiores y te niegas a ir al taller. Alguien ha presentado los papeles al juzgado y el juez que te condenó nos ha hecho llegar esto. —Carol deja su mano encima de la mía y la aprieta dándome apoyo—. Sabemos que es mentira, por lo que hemos contratado a uno de los mejores abogados para que lleve tu caso y recurra. De momento, vas a quedarte en la celda que te asignamos. Queríamos avisarte porque, aquí, las paredes hablan.

—¿Quién ha mandado esos papeles?, ¿no hay nombres?

—Sí, sabemos quién ha sido, pero déjalo en nuestras manos. —Alterna su mirada con la mía y la de su padre—. Confío plenamente en la eficiencia de mi padre y, también, de Daniel. Ellos son los que están investigando a la gente que ha sido condenada injustamente por el mismo juez. Están obteniendo pruebas de vuestra inocencia para llevarlas a juicio a otro tribunal.

—Todo lo que te están diciendo es información confidencial, así que te pedimos discreción. Carol tiene un don y, aunque a veces, nos ponga en un aprieto a su padre y a mí, siempre termina acertando —me comenta Daniel.

—Es ella, ¿verdad?

Carol asiente a la pregunta con tristeza en sus ojos. Esto no va a ser nada fácil. Ya puede ser el mejor que si ella y el juez están aliados, terminaré en la zona roja de donde no saldré. Así va a ser mi final.

Estoy encerrado en una caja de cartón, la cual precintaron sin ninguna posibilidad de salir. Es como un baile oscuro en el que la luz no está invitada y yo sigo esperando, sentado en medio de la caja, que algún pequeño destello de sol entre para aferrarme a él y poder salir de esta atadura.

Siendo la hermana de Ronald la promotora de todo esto, mis días en esta prisión están contados. Han comenzado por algo absurdo que se va a convertir en una montaña grande, puntiaguda y con enredaderas de espinas por las que no puedes trepar hacia la libertad. Lo hicieron con mi madre y, ahora, es mi turno. La cuestión es, ¿viviré para verles juzgados y encerrados?

—Todo saldrá bien, confía en nosotros.

—Confío en ti —digo en un susurro inaudible.

Una vez finalizada la reunión, Carol me acompaña a la celda donde el cerebritito se acerca rápidamente a los barrotes para comprobar que estoy bien. Su mirada es insistente y su nervio intranquilo. No me he sentado y ya me está preguntando.

—¿Tan grave es lo que está pasando, que la misma Carol es la que te ha traído hasta aquí con tres guardias?

—Más o menos.

Me tumbo en la cama, intentando con todas mis fuerzas que el malestar que siento en este momento no salga de estas tres paredes. Estoy abatido

en cuerpo y alma. Respiro profundamente y, a mi lado, escucho suspiros tristes y preguntas que no obtienen respuesta hasta que su deportiva golpea mi costado y la otra casi impacta en mi cara.

—¡Qué pesado eres!

—No es justo que tú tengas que protegerme y yo no pueda ayudar. Quiero que me lo cuentes, al menos, desahógate.

—No quiero hablar de ello, por favor.

—Pues no pienso callarme. Estaré aquí, dándote por el culo, hasta que te dignes a contármelo.

Si alguien merece el título de pesado mundial, no hay nadie mejor que mi compañero de celda. Insistente como él solo, pero de buen corazón. Un gran amigo. Un apreciado hermano. Cansado de escucharle, decido hablar.

—Alguien ha dado información falsa al juez que me juzgó, y me quiere meter en la zona roja, así que ves despidiéndote de mi agradable presencia a tu lado.

—¿De qué te acusa, para querer meterte allí? No has hecho nada, Richard. Es injusto.

—Como la mayoría de los que estamos aquí.

—¿De qué te acusan?

—De ser agresivo. Tengo todos los números de la papeleta elegida ganadora para que puedan hacerlo.

—Tienes algo a favor.

—¿El qué? ¿La defensa de Carol? Bueno, el abogado que me han contratado.

—Aparte de eso, tienes las cámaras de vigilancia.

—¿Quién dice que no las hayan manipulado?

—Carol no lo permitirá. Ella es leal a sus principios y no dejaré que...

—John —le interrumpo—, mentalízate, puede que no me vuelvas a ver por aquí.

Refunfuña y pone caras graciosas mientras se queja en silencio. No saca más teorías esperanzadoras y lo agradezco, puesto que debo ser realista y aunque recurran, tengo las de perder. Sarah es muy poderosa, más de lo que podemos llegar a imaginar. Además, ha sabido jugar bien sus cartas enviándolo al juez que me condenó, el cual ya pienso que tiene algo que ver con ella en todo este meollo.

Los guardias nos traen la comida en vez de ir nosotros al comedor. Ni él ni yo nos comemos lo que nos han traído. Ambos seguimos acostados, esperando algún tipo de información, ya sea buena o mala. La celda parece estrecharse lentamente con cada segundo que pasa. Nervios, intranquilidad hasta escuchar esa voz que todavía me inquieta más, el diablo ha vuelto.

Un guardia, al cual nunca hemos visto por aquí, abre la celda cogiendo de tirón a John. Le detengo, sin embargo, otro me da varias corrientes eléctricas con su pistola hasta caerme al suelo, con un inmenso dolor. No obstante, no me voy a dejar ver derrotado por ellos; me levanto y les vuelvo a enfrentar.

—¡Déjale estar! —grito—. ¡Suéltalo, hijo de puta!

—¿O qué? —responde ella tras los barrotes—, ¿nos vas a matar igual que hiciste con mi hermano?

—Gozaría haciéndolo.

—Pues déjame que te advierta que tienes las horas contadas para salir por la puerta de atrás; dirección a la mesa del forense.

—No le temo a tus amenazas.

Me abalanzo sobre el guardia y consigo liberar al cerebritito, poniéndolo detrás de mí para que no puedan hacerle nada más. Ella, con sus aires de prepotencia, golpea el brazo del guardia y se acerca a mí; tan próxima que siento su aliento en mi cara.

—Deberías temerme, puesto que cualquier persona que se ha metido conmigo no ha sobrevivido.

Me mira por encima del hombro, con malicia y odio. Ni los ojos de Ronald transmitían tanto terror como lo hacen los suyos. Es el mismísimo diablo.

Mis manos han comenzado a temblar y mi corazón palpita rápido, pero no le doy el gusto de verlo. Doy un paso más adelante, retándola con la mirada. Por justicia a mi madre sacaré la fuerza de donde sea y no pienso achicarme ante esta víbora que muerde sin compasión.

—Regocíjate ahora que puedes, porque después no tendrás tiempo de hacerlo —digo.

—Vámonos.

Se marcha dando zancadas como si el suelo fuera lava, la cual derrite todo a su son. Me aferro a los barrotes maldiciéndola hasta golpearlos

feroz, con arrebatos e impotencia. Todos los guardias que había en el pasillo desaparecen, siguiéndoles los pies. Es una maldita arpía.

—Richard.

Carol hace gestos rápidos con la mano dando la orden de abrir la celda. Entra preocupada y temblorosa y levanta sin más mi camiseta. Esto sí que no lo esperaba.

—Me deseas.

—No seas idiota —dice medio enfadada—. He visto lo que te ha hecho. Vamos a ir a la enfermería.

—No, ¿para qué? No es nada.

Acaricio su mano que todavía está sobre el derrame morado que ha salido al segundo de tocar la pistola eléctrica mi piel. Se siente fría aunque tenga la sangre caliente.

—Estoy bien —digo, acariciando ahora su mejilla.

Me dedica una dulce sonrisa y agarra, ahora ella, mis manos. Está siendo muy chocante todo, pero me agrada. Prácticamente me ha pasado lo mismo que con el cerebritito, solo que con ella está siendo algo más especial.

—Cada celda tiene una cámara de seguridad. Las instalamos hace un par de días cuando estabais en el taller y aprovechamos que ella no estaba. No ha sido demasiado lista viniendo aquí a amenazarte. Ah, y traigo buenas noticias.

No entiendo cómo me he dejado atrapar por estos ojos color miel y esta sonrisa tan atractiva y poderosa. *Bueno, sí lo sé.* Ella se ha convertido en la enemiga más enigmática que he tenido. Todo ha desaparecido estando ella aquí, juntos. Su dulce aroma me impregna y solo es un factor que hace que esté ausente, mirándola, sintiendo sus latidos al acercarme, al pegar mi frente en la suya y acariciando su cuello y mejillas. Rozo mi nariz con la suya y soy fuerte; fuerte al no besarla, no queriendo joderle la vida.

—Te quedas —dice en un susurro.

Ojalá contigo.

CAPÍTULO 15

Besos. Besos que se reparten en mi cuello, mordiscos juguetones que tientan a mis manos querer tocarla y hacerla mía, gozando juntos una vez más. Su lengua me recorre entero hasta encontrarse con la mía. Sus ojos me retan, pero sabe que tiene las de ganar, ya que sigo esposado a la cama y ella es la única que tiene el poder de soltarme.

Sonríe pícaro y muerde su labio, sabiendo lo mucho que me gusta liberarlo hasta apoderarme de su boca y poseerla hasta cansarme, hasta que nuestros labios queden desgastados, hechos cenizas, las cuales reviven como el ave fénix al sentirlos de nuevo y volar de gozo.

Se pone encima de mí. Está realmente sexy con la camiseta que me ha robado del armario esta mañana. Me estoy cansando de no poder hacer nada. Quiero soltarme y acariciarla, de sentir como su piel se eriza al tocarla y como se estremece con cada lengüetazo que recorre su cuerpo... Gruño y a ella le gusta. Le gusta torturarme. Se quita la única prenda que lleva, echándola al suelo y dejándome el privilegio de ver esos preciosos, achuchables y apetecibles pechos que lamería y comería sin control. Se acerca y retira el bóxer con una extrema lentitud, haciéndome sufrir de placer. Su sonrisa la delata. Los echa al suelo y pega su pecho contra el mío...

—¡Richard!

Me zarandea hasta quedar sentado y con la respiración agitada. Joder, estoy sudando. ¿Cómo cojones sueño con esto? Cabeza, ¿qué te pasa? El cerebritito comienza a partirse el culo, de forma literal, al ver el bulto en mis pantalones y no es para menos. No es que me avergüence, pero no creo que sea el momento adecuado para este tipo de sueños eróticos, sobre todo cuando me percató que dentro de un rato tengo que ir a hablar con ella y no sé si voy a ser capaz de aguantar la tentación.

Lo único que mi mente y corazón me recriminan es el no haberla besado. Nunca sabré a qué saben sus besos, ni que hubiera sentido al

hacerlo. Sé que hice lo correcto, aunque me pase la vida reprochándomelo. Soy un condenado que no puede aportarle más que problemas, porque para todos estoy fichado, soy un asesino, soy culpable.

Respiro profundamente mientras sigo escuchando la risa de John al otro lado de la cama. *Le partiría la cara ahora mismo.* Intento no pensar en el sueño y comienzo una pequeña batalla con el cerebritito para no pensar en el sueño y el casi beso de ayer.

No pasa mucho tiempo hasta que un guardia viene a buscarme y me lleva hasta el pasillo donde nos espera Carol con una buena sonrisa mañanera. Me piden que me siente en la silla de delante del despacho mientras ella le comenta algo inaudible que no consigo escuchar. Me mira de vez en cuando hasta que termina por sentarse a mi lado mientras vemos como el guardia desaparece de nuestra vista.

—El profesor me ha dicho que tu participación en sus clases van aumentando y que tienes un interés especial en uno de sus proyectos.

—No me queda otra, ¿o sí? —digo, restándole importancia.

—No te hagas el duro conmigo; esa imagen de chulapa solo te funciona con los presos.

—¿Qué hago aquí? —pregunto cambiando de tema.

—¿Confías en mí?

Asiento.

Me hace pasar al despacho de su padre. Este levanta la cabeza unos segundos antes de seguir leyendo los papeles que tiene entre manos.

—Allí está la ropa, espero que sepas lo que estás haciendo, hija.

—Entra ahí y cámbiate.

No sé qué intenciones tiene, ni a dónde pretende llevarme. Mi cuerpo se ha tensado y se ha puesto en alerta. Percibo sensaciones, raras, y que no había sentido hasta ahora. ¿Debo confiar en ella? *Sí.*

Me cambio y sigo sus pasos hasta salir de la cárcel. No creo que esto sea muy legal, aunque imagino que ser la hija del jefe tendrá ciertas ventajas. Respiro profundamente aprovechando la oportunidad. Libertad.

—¿Dónde vamos?

—Sube al coche.

—Si quieres acostarte conmigo solo tienes que decirlo, preciosa.

—Guarda tu chulería para cuando vuelvas, ahora necesito al verdadero Richard.

Toda la pizca de humor y de seducción que había en mí y en mis palabras se acaba de esfumar al escuchar las tuyas. ¿Por qué esta frase me ha provocado un sentimiento amargo? Esto me acaba de dar muy mala espina.

Arranca el coche, pero no conduce. Se me queda mirando a la espera de que me ponga el cinturón de seguridad. Su mirada es realmente cautivadora, igual que sus labios que me recriminan el beso que no tuve el valor de darle.

—Deja de comerme y date prisa, no tenemos todo el día.

Me lo pongo burlón y eso parece hacerle gracia. Sonríe y emprende el camino de manera tranquila hacia algún lugar que, de momento, desconozco.

Observo las calles por las que pasamos y cómo la gente pasea tranquilamente, algunas felices, otras con preocupación... Recuerdos realmente agrios comienzan a aparecer en mi mente al ver realmente hacia dónde vamos. Cierro los ojos, intentando controlar mis emociones, sobre todo cuando para el coche delante del taller que sacaba yo solo adelante, con mi esfuerzo y ganas. Me da tanto pesar verlo cerrado, con pintadas con la palabra “asesino” y sucio. Nunca ha estado así, siempre, al terminar la semana, lo limpiaba a fondo para que el lunes estuviera perfecto para empezar la semana.

—¿Quieres entrar? —pregunta, acariciándome el brazo.

Asiento sin poder articular ninguna palabra. El nudo de mi garganta se hace todavía más notable cuando entramos y veo todo esparcido por el suelo. ¿Cómo puedo sentirme tan débil y abatido?

No entiendo por qué estamos aquí ni cuál es la razón de ello, solo sé que todo ha venido a mi mente como un jarro de agua fría, helándome el corazón y dejándolo listo para ser golpeado y destrozarlo en pedazos. Me sigo rompiendo con cada disparo, con cada palabra recordada, con cada acto que no pude evitar...

—Alguien se ha encargado de romperlo todo...

—A la mañana siguiente de tu encierro, la policía vino a cerrarlo y a vigilarlo, pero parece ser que alguien entró buscando algo. —Suspira y se acerca lentamente a mí—. Teóricamente no puedo decirte esto, pero tanto tú como otros de los que estáis encerrados os merecéis saberlo.

—¿El qué?

—Hace meses que llevamos una investigación exhaustiva sobre el juez que dictaminó vuestra sentencia. —Se apoya en la mesa donde tenía todas las facturas y se cruza de brazos—. Habíamos oído hablar de que era un corrupto y que, casualmente, los juicios ganadores siempre eran de la misma abogada, menos uno de ellos. Mi padre tiene contactos y amistades muy importantes por todo el país, por lo que echó mano de ellos para averiguar qué pasó y por qué esa abogada no aceptó el caso.

—Me estoy perdiendo, ¿qué quieres decirme?

—Hace un par de días me enteré de que el juez y la abogada están casados e iban a robaros a tu madre y a ti todo lo que era de vuestra vuestro, el taller, la casa, tu moto... Estafan a la gente, utilizando a sus aliados como cebos. Muchos intentan alejarse de esa vida y ellos se lo impiden quitándoles la vida. Así, nunca dejan cabos sueltos.

—¿Quieres decir que Ronald, su hermana y el juez hacían esto para ganarse un par de dólares? Nosotros no éramos ricos ni esto tenía tanto valor...

—Un par de dólares no, Richard. La abogada cobra por cada juicio y servicio, el juez, también y, al tercero, lo rebosan con una gran cantidad de dinero siendo el hilo conductor de todo, la pieza que atrapa.

—Hijos de puta...

Ahora más que nunca no me arrepiento de haber disparado contra esa mierda. Se lo merecía y también lo merecen esos dos desgraciados que siguen indemnes de todo. Malditos desgraciados.

—Tú fuiste la excepción; el único que se enfrentó a ellos, aunque pensaras que el único culpable era Ronald. Defendiste tu vida quitándole la suya, lo cual enfureció a Sarah. Tú rompiste sus planes, por eso ella no pudo ir al juicio; porque sabía que no podía controlarse. Ya lo comprobaste ayer, cuando fue a tu celda, amenazándote. Consiguió la orden para bajar a Snake y algunos aliados más para matarte. —Echa su pelo hacia atrás y me sigue mirando con esos ojos que se preocupan más por mí que por ella, con sus manos moviéndose con cada palabra, con sus latidos angustiosos...—. Ella quería coger tu caso, no solo para torturarte, sino para echarte a la boca del lobo.

—Me has traído aquí porque sabes que no voy a salir vivo de allí, ¿verdad?

—Te he traído aquí porque no voy a consentir que te hagan daño, porque voy a hacer todo lo posible para que salgas indemne de allí, rehagas tu vida y seas feliz. También, porque necesito saberlo todo y solo tú puedes hacernos ver la verdad que viviste.

—¿Por qué te intereso tanto? Hay muchos casos, ¿por qué el mío?

Me acerco a ella, viendo sus preciosos ojos miel brillar. Sus manos tiemblan y yo me encargo de que no lo hagan. Me aferro a ellas y las aprieto dándole fuerzas, aunque esto último sería más para mí. Quiero ser fuerte, no me gusta verla tan derrotada como a mí aunque sé que ella no se cansará de luchar.

—Porque me importas más de lo que debería, porque con todo lo que hemos descubierto, me he dado cuenta de que no volverte a ver no está en mis planes.

Apoyo mi frente sobre la suya y siento su respiración encontrarse con la mía, una vez más.

—Entonces deberemos hacer algo para que nunca ocurra, porque no verte tampoco está en los míos. —Me separo de ella escasos centímetros—. ¿Quién te haría rabiarse todos los días? No hay nadie que me supere.

Levanto las cejas al unísono y esta se ríe, golpeando mi pecho con una sonrisa. Lentamente se desvanece y no me gusta; ella debería sonreír siempre.

—Nos están esperando —dice, soltando una de mis manos para limpiar delicadamente sus ojos que siguen inundados por el mar que los bañan. Respira profundamente para recomponerse—. ¿Vamos? —Carraspea intentando aclararse la voz.

—Sí, pero antes, una última cosa.

—¿El qué?

La beso. La beso como si fuera la primera y última vez que lo fuera a hacer. Le entrego una parte de mí que nunca he dado a nadie —excepto a una persona—, mi corazón. Desde que la vi, supe que mi corazón no me pertenecía y antes de arrepentirme por no habérselo dado, se lo doy con todo el cariño que mi cuerpo le muestra. Esto ha sido el destino, dos veces ya no es casualidad.

Le muestro al verdadero Richard, tal y como es, nada que ver con el chulapa de la cárcel al que acostumbro a mostrar a todos. Dos personas diferentes en un mismo cuerpo.

La calidez y ternura de sus labios me hacen no querer despegarme nunca de ella. Transmite tanto que consigue erizarme la piel al sentir explotar mi corazón. Hay tantas maneras de hacerlo latir que acabo de descubrir mi favorita, cuando sus labios han seguido a los míos y nuestras lenguas han jugado al unísono encajando a la perfección.

Ambos nos separamos con una dulce sonrisa impregnada en nuestras caras. Estamos listos para seguir después de dejar libres nuestras alas, aquellas que manteníamos ocultas en esa prisión que, queramos o no, ha sido la causa de nuestra unión y que espero que perdure por mucho tiempo.

CAPÍTULO 16

Mis pies siguen clavados en el suelo mientras observo la puerta que tantas veces me ha visto entrar y salir riendo, enojado, llorando e incluso con las esposas alrededor de mis muñecas, poniéndome la etiqueta de “culpable”. Todavía puedo sentir las, apretadas, clavadas en mi piel sin tener opción a escapar de ellas. Un pinchazo en el pecho me hace sentir de nuevo el dolor que sentí al ver a mi madre muerta en el suelo, sin la oportunidad de vivir y ser feliz... Todo por culpa de ellos.

Ahora las piezas del puzle comienzan a encajar y entiendo cosas que antes no veía con claridad. Hubiera preferido que nos dejaran sin dinero antes de que la mataran y me dejaran sin ella; aunque dudo que él nos perdonara la vida y nos dejara estar en paz. Creo que Ronald tenía claro nuestro final, pero se equivocó.

Noto cómo Carol me acaricia el brazo, alejando, por unos momentos, esos pensamientos que no me dejan de atormentar ni un solo día. Tengo que ser fuerte y entrar en la casa que me vio crecer con nuestros más y nuestros menos. Carol me reconforta en cierta manera y me hace tener esperanzas de ganarles y salir de esta situación que me está matando. Quiero conocerla y si tiene que pasar algo más entre nosotros, dejaré que pase.

—Vamos, vienen enseguida —dice, sacando las llaves del bolso y abriendo la puerta.

—¿Quiénes?

—Dos investigadores. Son de confianza y nos van a ayudar a confirmar tu historia. Una vez en sus manos, recurriremos y llevaremos tu caso a otro juez. No solo el tuyo, sino el de otros presos.

—Espero que el cerebritito tenga la libertad que se merece. En el fondo, le he cogido cariño.

—Le quieres, admítelo.

Me hace un gesto para que la siga y respiro profundamente antes de entrar. Debo dejar de ser frágil; he de superarlo y luchar por la justicia que

no tuvo y tuve. Esa frase me la repito mentalmente para no quebrantarme y ahogarme en mi propio sufrimiento, sin embargo, todo es en vano. Nada más cruzar la puerta, los recuerdos golpean fuerte mi cuerpo y mi alma. Me tensó y cerró los ojos, escuchando los gritos de mi madre y la crueldad de él. Mis piernas me guían —todavía sin ver nada, solamente sintiendo el tacto de los objetos al pasar mi mano sobre ellos— y me llevan hasta el sofá. Los abro y allí está ella, tumbada en el suelo. Me arrodillo frente donde estaba, con sus ojos cerrados y su alma, al fin, libre.

Siento su mano posada en mi hombro, dándome un ligero apretón de fortaleza para seguir adelante.

—Ya están aquí.

Me levanto y revuelvo mi pelo, queriendo que esos recuerdos no me atormenten más. La quiero aquí y no puedo tenerla. Ella no va a volver.

—Tranquilo, todo irá bien. Es normal que sientas y revivas cosas; es importante que lo hagas porque es de la única manera que nos vas a ayudar.

Me sonrío y entrelaza nuestros dedos. Acaricio su mejilla y ella la disfruta cerrando los ojos. Siempre tan fría, pero con el corazón caliente. La acerco a mí y ella me rodea con sus brazos. Beso su cabeza y sonrío al pensar que mi madre estaría orgullosa de ver la mujer tan encantadora y con carácter que tengo entre mis brazos.

Me encantaría poder disfrutarla, conocerla, vivir, aprender de ella como es debido; sin embargo, sé que es complicado si yo sigo encerrado detrás de esos barrotes que le quitan la libertad hasta al más inocente.

—Ya están ahí, vamos a por esos hijos de puta.

Sus palabras son tajantes y llenas de valor. Este tipo de comentarios son los que me alientan a luchar y a conseguir lo más ansiado.

Dos chicos entran con varios maletines en las manos. Sonrientes dejan las cosas en el suelo y abrazan a Carol amistosamente, luego, me saludan a mí, presentándose. Me hacen miles de preguntas, muy detalladas y yo les indico todo con justa precisión. A veces, incluso, me hacen dudar, pero tengo claras las imágenes que mi mente recuerda sin hacer apenas esfuerzo. Las tengo grabadas como una película en DVD. Analizan la casa, la registran y encuentran papeles que ni sabía que existían. También, un diario en el que mi madre contaba cómo se sentía y que sospechaba que Ronald quería engañarla. Dentro de este, hay unos papeles que mi madre

no firmó sobre el repartimiento de bienes. Él quería la mitad, mi mitad, para dejarme fuera de toda pertenencia.

—Puede que la matara porque ella dijo que no quería firmar y no porque no quería tener relaciones sexuales... —digo, queriendo decir para mí mismo, pero acabo diciéndolo en voz alta.

—Hubierais terminado muertos los dos, no solo por eso, sino también por estos papeles.

Carol me enseña otros que han encontrado detrás de un cuadro que yo había pintado de pequeño. Para mi madre, una obra de arte, para mí, una chapuza.

—Es el testamento de tu madre, donde confiesa que Ronald os maltrataba y que él y su hermana querían arruinarla para quedarse con todo el dinero y todas vuestras posesiones. La amenazaban los dos y Ronald la esclavizaba.

—No supieron elegir bien, teníamos una deuda que cubrir.

—Eso les da igual mientras ellos ganaran todo vuestro dinero y todo lo demás. No os hubieran dejado vivos. Esto es una prueba relevante, podríamos ganar el caso, Richard. Tu madre tendrá la justicia que se merece y tú serás libre.

—Vamos a analizar todo lo que hemos encontrado. También vamos a pedir que se repita la autopsia de tu madre. Te avisaremos nada más tenerlo todo, Carol.

Asiente y se van, dejándonos solos.

Me dejo caer en el sofá abatido y ella hace lo mismo, poniendo su mano sobre mi rodilla. Mi mano actúa por ella sola y la pone sobre la de ella. No hace falta que digamos nada, parece que estemos conectados, solo con un roce o una simple mirada, sé lo que me quiere decir. Su silencio me da ese espacio para que vuelva a añorar a Marilyn una vez más y recordar todos los buenos momentos que ambos hemos vivido.

Cierro los ojos al sentir un cosquilleo en mi interior y le dedico una sonrisa que estoy seguro que recibirá, porque ella nunca me ha abandonado, puesto que forma parte de mi corazón.

CAPÍTULO 17

Nada más llegar a la celda, sé que las cosas no han ido bien por aquí. John se ha tensado al verme y eso solo puede significar una cosa, Snake y su cuadrilla le han dado una paliza.

Me siento frente a él y cojo su libro, dejándolo a mi lado. No me hace falta decir ninguna palabra, sé que más tarde o más temprano, terminará contándomelo.

—¿No me vas a contar porqué Carol te ha sacado de aquí?

—¿Y tú me vas a contar lo que te ha pasado?

—Lo mío no es nada...

—¿Snake y cuántos más?

—Dos más y de los nuevos... —Deshace su pelo, frustrado—. Su pandilla crece y cada vez estamos menos a salvo. Tengo miedo de no volver a ver a mi padre, Richard.

—Se va a cagar ese hijo de puta.

—No, por favor, déjalo estar... Solo empeoraremos las cosas.

—Está bien.

Pelearme con él, ahora es inútil. Sarah lo sacaría de la zona roja enseguida y volverían a intentar contra John más rudamente. Van a por él para dejarme solo, para que me hunda y me deje vencer fácilmente mientras ellos se proclaman victoriosos de haber alcanzado su meta.

Si esa hija de puta puede tender emboscadas, ¿por qué no hacemos lo mismo?, ¿no sería más fácil?

—No le des tantas vueltas, sabes tan bien como yo que no podemos hacer nada.

Me dejo caer en la cama y le hago caso. Dejo de pensar en ello para acordarme de lo que ha ocurrido en mi casa y en el taller hace unas horas. Carol me ha transmitido un cariño que hacía tiempo que no sentía y que ya tenía ganas de vivir de nuevo, aunque claro está, me hubiera gustado estar en otra situación. También he sentido esperanza y ganas de luchar cuando pensaba que ya estaba todo perdido, cuando mi yo interior estaba a punto

de ahogarse en aquel pozo oscuro sin poder salir a la superficie y respirar aire puro de nuevo. La he añorado al recordar todo lo que hemos pasado, el no verla una vez más en nuestra casa; solo su vivo recuerdo sigue grabado en mi corazón, cuyo sentimiento me ha hecho imaginar que su mano estaba posada en mi hombro, dándome fortaleza y poder. Un poder que muchos entenderán si han estado tan unidos a sus madres o a cualquier persona cercana con un amor verdadero.

Carol quiere sacarnos lo antes posible de esta prisión que nos consume día tras día. Ella lucha, hoy lo he visto, lucha sin descanso. No me ha pasado desapercibido ese color morado bajo sus hermosos ojos dulces y adorables que me invitaban a abrazarla o a tener cualquier tipo de caricia con ella. Aunque no puedo negarme lo evidente, me considero un total adicto a sus labios. Son una fresa exótica llena de sabor, que no dejaría nunca de comer. Sin embargo, otra parte de mí, me pide que sea realista. No habrá más besos como los de hoy. Ella tiene una reputación, y yo llevo la palabra “culpable” marcada en la espalda; la etiqueta que un juez me dejó colgada como medalla de oro y eso, podría estropear su vida y no lo merece. No puedo arruinar su reputación y más, después de todo lo que está haciendo por todos nosotros.

Pensando en ella me dormí y pensando me he levantado hasta que la he visto pasar, adrede, por nuestra celda. Nos miraba de reojo con una sonrisa pícara en los labios. El vestido que lleva es realmente sensual y no enseña nada. Estoy pillado de ella hasta las trancas y hasta con un trapo la vería preciosa. Quiero ser su chico malo y que ella sea mi chica carácter.

—Por primera vez soy yo el que no tiene ganas de ir al taller. —La voz de John me distrae y hace que todo se evapore. Lo miro desconcertado. No me creo que sea él quién esté diciendo que no quiere ir al taller. El mundo está cambiando y no para bien.

—Estoy cansado, me duele todo y no me apetece.

—Puede ser peligroso si te quedas solo, me quedaré contigo —digo mientras me siento en la cama—. Podemos hablar con Carol o con el profesor, si quieres.

—No. Nos obligarán a ir o nos mandarán con el otro grupo.

—Pues entonces saca fuerzas de donde puedas y reza para que el profesor no nos haga un taller de mucho movimiento.

—Tú tienes menos ganas que yo.

—No me queda otra.

Siempre he sido sincero y el taller me parece un coñazo. Sí, habrá cosas que te ayudan, pero hay otras que son sumamente aburridas y con las que soy incapaz de mantener la atención y no disiparme a mi mundo. Puedo ser un exagerado, pero es la verdad, continúan sin parecerme interesantes.

—Te han ido cambiado, solo que no te das cuenta —me suelta John de golpe...

—Lo dudo, soy el mismo de siempre.

—Si tú lo dices... Es verdad, ahora eres capaz de controlarte más. Te pedí ayer que no hicieras nada en contra de esa sucia serpiente y lo hiciste.

—Será que te estás convirtiendo en mi chulapa protector —contesto con una sonrisa burlona en mi rostro.

—Más quisiera yo tener el poderío que tienes tú. Digamos que yo soy la mente pensante y pacífica de los dos, tú, en cambio, eres el que lucha con tus músculos por una justicia justa y real.

Solo a él se le pueden ocurrir estas ocurrencias, pero tienen razón —aunque no pienso que me hayan cambiado—, quiero una justicia justa, de calidad, y que se juzguen a las personas como debe ser; no inventándose una patraña como hizo aquel juez y todos los secuaces que lo seguían. Ojalá Carol y su padre puedan desenmascararle y que pague por todo el daño que hizo y está haciendo a esa gente humilde y buena. Destroza el mundo por dinero y, eso, es lo más precario que puede hacer un ser humano. Aunque, ¿qué puedo esperar? Jeff, Ronald y Sarah son iguales, uno por no querer ser padre y no tener la valentía suficiente para salir del mundo oscuro de la droga y, los otros, por ser cómplices de una estafa, la cual tengo la esperanza y las ganas de que salga a la luz.

La celda se abre y con lentitud avanzamos por el pasillo hasta llegar al taller. Me sorprende al ver solamente a seis presos y no a los veinte que solemos ser.

—Sentaos, os estábamos esperando.

Sus miradas cómplices me hacen intuir que algo va a pasar; el profesor nos sonrío de una manera demasiado falsa y, los demás, le siguen el juego. No me gustan estas chorradas y menos ser partícipes de ellas.

—Tengo que ir a hacer una llamada, comportaos correctamente en mi ausencia.

Se va, me imagino que no muy lejos, porque sabe que si sale por esa puerta un policía debería entrar y vigilarnos.

—¿Sabéis? Creo que hoy será la mejor clase de todas. Le hemos estado escuchando mientras hablaba con el guardia y nos va a dejar solos para ver cómo nos comportamos. Si nuestro comportamiento es bueno, hablará con Carol para que nos baje de nivel y, así, poder salir cuanto antes.

—¿En serio? —pregunta John, incrédulo.

—Sí, aunque también hemos escuchado que hay un traficante oculto en la sombra y que está entre nosotros.

—¿Pero qué dices? —digo inmiscuyéndome en la conversación—. Aquí de los únicos que no nos podemos fiar es de vosotros.

—¿Seguro? Sigues sin adaptarte y eres muy agresivo. Si te tocan estallas, si te insultan, estallas...

—Y no es de tu incumbencia si me adapto o no.

—Dejad el tema —se inmiscuye otro—, ¿por qué no nos relajamos?

Saca del bolsillo derecho una bolsita transparente llena de pastillas y nos las muestra con su sonrisa más maligna.

—Guarda eso.

No me quiero meter en problemas y tampoco quiero que metan al cerebritito, hoy está demasiado vulnerable. Es frágil y cada vez más, esta situación está pudiendo con él. Sin embargo, no va a poder conmigo y le defenderé con mi vida si así fuera necesario. Se lo prometí a su padre y no voy a fallarle.

—Venga, no me jodas, tomad una, os la regalo.

—He dicho que no.

—Toma John, te quitarán el dolor.

Se la lanza y la agarro al vuelo. La tiro al suelo y la piso hasta deshacerla.

—Ni él, ni yo, tomaremos esa mierda, ¿Está claro?

—Tú no decides por él, ¿John? —Insiste—. Por su culpa tú eres el apaleado y él sale de rositas, ¿no te mosquea?

—No...

Su voz es apenas inaudible y mira con temor las pastillas que le ofrecen. Dejan una encima de su mesa y él la agarra, observándola. Le

reprocho con la mirada que no lo haga, él no es como ellos. No quiero que el cerebritito se desvíe de su camino, él se merece una eterna felicidad y no estar aquí, joder.

—He dicho que no.

Tajante la tira al suelo para luego chafarla. ¡Ese es mi John!

—¡Bravo! —dice aplaudiendo el profesor mientras entra en clase y se sienta a nuestro lado—. A toda esta mierda, que por cierto, eran caramelillos mentolados hechos a propósito para esto, sin olor, siempre hay que decir que no, aunque te amenacen o insistan. Hay que tener las cosas claras y tener más garra para cortar con ello. Habéis hecho un excelente trabajo, estoy orgulloso de vosotros ocho.

Orgulloso estaré yo el día que la imagen de mi madre, la de John y la mía estén limpias. Cuando esos hijos de puta estén encerrados y no salgan nunca; pudriéndose en estas celdas sin ningún tipo de bondad hacia a ellos. Ojalá sufran lo mismo que estamos sufriendo nosotros y que haya unos abusones que los maltraten hasta matarlos.

También estaré orgulloso cuando la tenga a ella, a mi lado, cada día al despertar. Ese día seré el hombre más afortunado y complacido del planeta.

CAPÍTULO 18

Voy de camino al comedor cuando escucho las carcajadas de la serpiente y sus compañeros en el pasillo de arriba y sus silbidos burlones que nos acribillan día sí, día también. Empujo bromista al cerebritito que les mira de reojo y me coloco a su lado.

—No les da para más —digo en un intento de animarle.

Hoy se ha levantado anímicamente agotado, cosa que entiendo, pero no puede permitírselo ni él, ni nadie que esté en nuestra posición. Este tormento puede llegar a replantear pensamientos oscuros, acabando en muerte. Además, el profesor ha anulado las clases y no va a tener la cabeza ocupada, así que, quizás, un poco de entrenamiento le ayude a dejar de pensar y a hacer que se sienta mejor.

Se deja caer vencido en la silla en la que solía sentarse su padre y se queda mirando a la nada, como si nadie más estuviera a su lado. Chasqueo los dedos delante de sus ojos y vuelve en sí. Me mira y le acerco su bocadillo, el mismo que empuja hacia a mí, con desgana. Se lo vuelvo a poner enfrente y le doy una ligera palmada en la cabeza para que reaccione, siendo más bien un toque de atención.

—Come y no reproches.

He sido lo suficientemente claro para que no me lleve la contraria. Comienza a comer como si fuera un pájaro, miga por miga.

—Te estás ganando la cachiporra del siglo como no espables. Vamos a entrenar duro —digo con tono motivado para ver si así se motiva él también.

—No me apetece.

—Me da igual lo que me digas, lo necesitas y es lo que vamos a hacer. No me vale un no por respuesta.

No me discute, aunque eso ya lo intuía. Le dejo su tiempo para comer antes de llevármelo. Cualquiera me podría llamar mal amigo al no dejarle en paz, sin embargo, eso es lo que no quiero, dejarle en paz, puesto que si le dejo sumergirse en sus pensamientos pesimistas, terminará hundiéndose en una calamitosa tristeza que no le va a llevar a nada. Sé que lo mejor es

despejarlo, que se desahogue, que se sienta orgulloso y valeroso, animarle a seguir con su camino y que siga persiguiendo el futuro que tanto ansía conseguir.

Cuando termina de almorzar, vamos directos al pequeño gimnasio que hay en el patio. No es que haya mucha cosa, pero lo suficiente para dejar ir todas esas malas energías.

—¿Comenzamos con las pesas?

—No.

—Pues toma, empecemos con dos kilos y luego te iré aumentando el peso.

—Mirad, el delgaducho quiere ponerse fuerte como su novio.

Le ignoramos. Snake solo quiere pelear y por el cerebritito y por Carol voy a aguantar. Pienso en seguir su consejo hasta que comete el error de empujarle en mis narices.

—Déjale en paz —digo, poniendo a John detrás de mí.

Snake me observa con ese poderío que él cree que tiene y aprieta sus puños marcando todas sus venas en sus brazos. No me intimida y tampoco le tengo miedo a esa sucia serpiente asquerosa. Nadie se mete con mi amigo. Él no le ha hecho nada a nadie y ya tiene suficiente castigo cumpliendo su maldita condena, injusta y que le está arruinando la vida.

—¿Eres su salvador? —Comienza a reír y su panda de idiotas lo hacen también—. Mirad, aquí el héroe se cree con derecho de salvar a los pobres. ¿A caso eres Robin Hood?

Ni siquiera le contesto a tal comentario absurdo. Carol y su padre lo han mandado en muchas ocasiones a la zona roja, pero siempre se libra de estar más de dos días. Tiene muy buenos aliados y es una serpiente dura de derrotar. Él y su pandilla han enviado a más de cinco personas, desde que estoy aquí, al hospital con sus palizas.

—Vámonos, John.

Empujo lentamente a mi amigo para alejarnos de la maleza que no va a morir por mucho veneno que les rocíen.

—A mí no me des la espalda, imbécil.

—¿O qué? —Me doy la vuelta y me enfrento a él—. No te tengo miedo, miserable serpiente.

Mis palabras salen con más odio del que pensaba. Por un momento, la cara de Ronald aparece en su rostro y, eso, solo empeora las cosas.

—Tú ocuparás el lugar de tu amigo.

—No te tengo miedo.

Me acerco a él y John tira de mi brazo para que no lo haga. Esta vez no voy a ceder, se merece que alguien le dé su merecido. Recibiré los golpes que sean necesarios siempre que él acabe mucho peor que yo.

—No, Richard, vámonos.

—Vete, corre.

Le veo marcharse corriendo y yo decido dejarme llevar por mis impulsos. Snake se acerca más fanfarrón que nunca hasta tener casi pegadas nuestras frentes.

—Vamos a verte suplicar como a la zorra de tu madre. —Se ríen—. Y terminarás como ella, muerto.

Me es imposible contenerme en el momento que escucho la palabra “madre” salir por su boca. La sangre corre por mis venas como lava ardiente en busca de cualquier materia para hacer desaparecer. Eso es lo que quiero, que desaparezca y deje en paz a todos los presos que tiene aterrorizados; aquellos pobres inocentes que simplemente son condenados por una justicia inicua, la cual les hace ser más débiles y a punto para que la serpiente los devore.

No consiento que se metan con mis amigos, pero menos lo hago cuando se meten con la única persona a la que he amado con todo mi corazón. Con ella no. Le golpeo sin temor alguno, responde y esquivo con rapidez. Le vuelvo a golpear hasta recibir. Nuestros puños danzan un peligroso baile que nos lleva a saborear el gusto asqueroso de la sangre en nuestras bocas. Escupo y sigo sin cansancio con el fin de terminar lo que he empezado. Sus aliados comienzan a entrometerse en la pelea que, por un momento, era un uno contra uno. Me agarran de los brazos y Snake, cansado, pero sin rendirse, sonrío malicioso. Deja que un par de hombres me golpeen mientras él consigue recuperar el aliento. Mis costillas arden de dolor, mi cabeza grita exaltada ante la incapacidad de no poder hacer nada, mis manos apretadas en puños están blancas y con ganas de reventarle la cara. Son demasiados para mí. Esto se ha convertido en un todos a por Richard, como en cualquier pelea en la que los malos siempre necesitan ser muchos para vencer a los buenos.

Muchos presos se apartan y comienzan a cuchichear. Levanto la cabeza y veo a esa víbora, que desde que me vio, supe que quería venganza. Sí,

maté a su hermano y lo volvería a hacer mil veces más. Salvé mi vida e hice justicia. Él me arrebató lo que más quería, mi madre, y no se merecía menos que la muerte.

Sonríe diabólica al verme en este estado. Me guiña un ojo y le da algo a Snake, algo que no consigo llegar a ver. Mi vista se nubla tras los golpes en la cara y, aunque intente conservar la poca compostura que me queda, me es complicado.

Snake se acerca a mí hasta rozar su cuerpo con el mío, tan pegados que no corre ni el mismísimo aire. Siento como clava algo en mi costado lentamente y varios gemidos de dolor escapan de mi garganta, dándole el placer a ambos de verme sufrir. Ni una quemadura, de tantas que me he hecho en el taller, podría compararse con esto. Me sueltan y caigo al suelo sin fuerzas para levantarme. Con las manos temblorosas, las llevo a mi costado, tocándolo con cuidado. Quiero quitarme lo que me ha clavado, pero ni para ello tengo fuerzas. Todos comienzan a correr de repente y veo al cerebritito a mi lado, arrodillado y llorando. Comienza a gritarle al viento y leo en sus labios la palabra «ayuda», y junto a ella, aparece mi preciosa señorita carácter.

Agarra mi cara entre sus dulces y delicadas manos y me hace mirarla. Le sonrío, sintiendo mi respiración pesada. *Conocerla es lo mejor que me ha podido pasar.*

—No, Richard, mírame. Te vas a poner bien, te vamos a sacar de aquí y nos vamos a ir juntos, lejos, tú y yo, ¿sí?

No consigo hablar. Siento la boca llena de sangre y me ahogo. Ella me acaricia e intenta alentarme. Es mi ángel caído del cielo, aquel que apareció en cuanto me declaré culpable.

CAPÍTULO 19

CAROL

Por un momento se hace el silencio. Después de recordar momentos con Richard, solo nos queda este inmenso vacío al no saber qué está pasando allí dentro. Enfermeras pasan corriendo por delante de nosotros y nadie nos dice nada hasta que el médico que lo estaba atendiendo sale no con un aspecto demasiado esperanzador. John, su padre y yo nos levantamos y vamos hacia él en busca de respuestas.

—¿Cómo está?

—No os voy a mentir, no creemos que pase de esta noche. Mientras evitábamos que perdiera más sangre, se le ha parado el corazón dos veces. La herida ha sido profunda y ha alcanzado arterias importantes. Haremos lo que podamos por salvarle la vida, pero como os he dicho, es cuestión de horas.

—¡Doctor, se nos va!

Sale corriendo y nosotros le seguimos. Nadie nos dice nada, ni nos prohíben estar detrás del cristal en el que lo vemos todo.

Enfermeras preparan el electrochoque mientras el médico intenta reanimarle. Miro sus grandes manos llenas de sangre y moradas. Sus dedos largos y finos, esos que me hacían temblar de emoción cada vez que me rozaban o tocaban. Ahí está el hombre al que me negaba a amar y, finalmente, terminé jodidamente enamorada y luchando para que nada le pasase.

—Lucha, joder, lucha. Se fuerte, Richard, por favor...

John pega su mano al cristal y lo golpea cada vez que él sale impulsado hacia arriba. Lágrimas tristes se escapan de nuestros ojos, a sabiendas de que todo se ha terminado; que es el principio del fin, de su fin.

Vemos como el médico mira el reloj y la enfermera lo anota en la hoja.

Me duele, me duele en el alma. Abrazo a John con todas mis fuerzas. Todo ha sido muy injusto.

—Lo sentimos —dice el doctor—, por favor, acompáñenme.

Le seguimos agarrados mientras las enfermeras siguen en su habitación. John no hace más que mirar hacia atrás. A mí también me hubiera gustado despedirme de él, de decirle que le amaba y que estaba haciendo todo lo posible por sacarle de allí, lejos de ella y de todos los que querían hacerle daño. No merecía este final.

Nosotros somos lo más parecido a una familia y vamos a cumplir como tal, cumpliendo su última voluntad, sea la que sea.

2 días después

Pensaba que solamente íbamos a ser cuatro personas las que asistiríamos al entierro, pero me he equivocado. Gente a la que no conozco ha venido a llorar su muerte. Ahí es cuando veo la falsedad que hay en el mundo. Cuando estaba en la cárcel nadie iba a verle y ahora que está muerto, el mundo asiste y llora como si en verdad le doliera. Todos están aquí porque les remuerde la conciencia, porque sabían que en el fondo él era inocente y no sería capaz de matar a su propia madre. Todos sellaron sus labios y arruinaron la vida de Richard, una persona que trabajaba día y noche por ayudar a su única familia, evitando vivir con un demonio y no sabiendo qué hacer para apartar a su madre de allí. ¿Es culpable por ello? Claro que no. Para mí, ha sido y es, el más valiente de todos. Era un hombre que amaba de corazón y no por apariencia, porque no muchos entregan su vida por la de los demás y él lo hubiera hecho hasta por un pobre desconocido que no tiene pan para comer. Aunque quería ser el chulapa de la cárcel, no podía esconder el enorme corazón que poseía.

Dejo una flor encima de su ataúd y dejo que John y su padre se despidan de él. Cómo el odio puede convertirse en amor y cómo el amor puede doler. John cae al suelo desolado, sintiéndose mal por su muerte. Su padre llora a su lado y se me rompe el corazón al estar aquí y no poder hacer ni decir nada. Simplemente, les abrazo y les doy fuerza para superar esta situación.

—Ahora está con Marilyn, juntos.

John le da un pañuelo a su padre y este se limpia las lágrimas que se desbordan.

—¿Qué va a pasarles a esos hijos de puta? —dice el padre de John, intentando levantarlo del suelo—, ¿pagarán las consecuencias?

—Dentro de dos horas, se celebrará el juicio de los que han promovido todo esto y, luego, los sayuelos pasarán a ser escoria.

—Quiero ir —dice John, limpiándose las lágrimas—, quiero ver qué hace la justicia en este caso.

—El deber que tendría que haber hecho hace meses.

Acaricio su brazo y juntos vamos al juzgado. Es verdad que tener contactos nos ayuda, pero en este caso, ha sido fundamental. Todo ha sido muy rápido, el juez que los juzgará está al tanto de todo y él mismo fue quién decidió celebrar hoy, el mismo día del entierro de Richard, el juicio a esos cabrones sin escrúpulos.

Llegamos y mucha gente ha venido a ver el juicio. No me sorprende, han hecho mucho daño. Familias se han quebrantado por su culpa y se merecen verles sufrir tanto o más como ellos lo han hecho. Me siento mal por no haber podido ayudarlos antes, ni haber podido ayudar a él. Va a ser duro pero, al menos, y aunque ahora no importe, se le va a hacer justicia.

Esperamos largos minutos, intentando no derrumbarnos, siendo fuertes tal y como Richard nos enseñó.

Los condenados entran en la sala y sin hacernos esperar demasiado, aparece el juez. Su semblante serio no les intimida, se escuchan risas y tonto. Están demasiado confiados en que el juez les va a ayudar, pero no va a ser así. Él no es como ellos. Es fiel a sus principios y a la legalidad. Hace justicia en la injusticia. Él es el que ha declarado inocente a todos los presos que han sido encarcelados por culpa de las ilegalidades de ellos y, ahora, por fin, son libres para continuar con su vida y crear su propia historia.

Sus caras son grabadas por todos los que estamos en la sala, aplaudiendo al juez al ser declarados culpables de robo y asesinato, junto a sus aliados tanto los encarcelados como a todos los que han pillado en la calle. Comienzan a gritar a los policías que los suelten y hacer un espectáculo de ello. Los demás seguimos aplaudiendo con más fuerza que nunca. No importa si nos ven llorando; duele y de alguna manera debemos sacarlo.

Salimos a las puertas del juzgado a hacer un minuto de silencio por todas aquellas familias que han sufrido la pérdida de un ser querido y por aquellos que se han ido y no están. John me abraza y yo puedo respirar en

paz. La justicia ha hecho su deber. Su memoria está limpia y, al fin, puede descansar en paz. La ciudad se calla para acompañar su vuelo al cielo.

Al terminar, me despido de ellos, aunque insisten en acompañarme a casa. Se lo agradezco, pero prefiero ir andando, tranquilamente, pensando en todo lo que ha pasado, pensando en Richard. Ha sido un día muy duro...

Me siento en el sillón, sin dejar de pensar en él, en nuestro primer encuentro, en nuestra primera mirada, en nuestro primer roce de manos, en nuestro primer beso... le tengo tan cerca que incluso siento como me abraza y me aprieta a su pecho. Le quiero tanto.

EPÍLOGO

CAROL

Meses después

Viernes, ¡por fin! Esta semana ha sido bastante complicada. Desde que dejé el trabajo en la cárcel y comencé como autónoma, todo ha sido muy duro. Mi padre me avisó, pero me apoya en cada decisión que tomo. He querido abrir mi propia consulta y he tenido que reformar un piso. Los obreros se rezagaban y yo tenía que aplazar la apertura día sí, día también. Menos mal que Manu me daba la calma para no enviarlos a freír espárragos. En más de una ocasión he pensado que él haría mejor de psicólogo que yo, incluso le propuse ayudarme, aunque sabía muy bien su respuesta. Para él su trabajo es importante, es una pasión que tenía de pequeño y nunca hay que impedir que el otro sea feliz con lo que hace. A mí me encanta verle trabajar y disfrutar; cómo sus clientes salen satisfechos y lo nombran por doquier. Es el mejor y tengo la suerte de tenerle.

—Buenos días, preciosa, ¿nerviosa?

—¿Debería estarlo?

—No te hagas la dura, lo estás, lo sé. —Sonríe y me acribilla a besos demasiado tentadores para mí; son mi droga favorita. Comienza a hacerme cosquillas—. Confiesa, señorita carácter, confiesa.

No puedo decir ni una sola palabra, solo salen carcajadas de mi garganta. Conoce demasiado bien mi cuerpo y mis puntos débiles.

—Ya, ya... Confieso. Estoy nerviosa.

Se detiene y me mira con una ceja alzada. No sabe cuán atractivo está cuando pone esas caras... O tal vez sí. Así me conquistó aquel día en nuestro primer encuentro y en todos los que tuvimos. Quise hacerme la fuerte, pero terminé completamente enamorada de él.

Doy gracias de que su fortaleza le ayudara a no dejarse vencer. Ahora tiene una nueva oportunidad, una nueva vida de la cual disfrutar y gozar a su manera.

—Aunque a veces te vayas a algún planeta desconocido para mí, te quiero.

Le golpeo y él se hace el dolido. Hace muecas de dolor, rodando por la cama hasta caer al suelo. Nos reímos y termino encima de él, en el suelo, pegada a su pecho desnudo.

—Te adoro.



Me lo como a besos y él se deja comer. En verdad si es culpable, no de ser un asesino, sino de haberme robado el corazón.

CAPÍTULO EXTRA 1

«Reencuentro»

—Tenemos que contárselo, debe saberlo.

Insiste una vez más. Tengo miedo de su reacción, a que no quiera saber nada más de nosotros, sobre todo, de él. Él no tuvo nada que ver con la decisión que yo tomé.

—No quiero que...

—No es rencoroso. Lo entenderá.

Está convencido de que es una buena idea. Ahora el optimista es él. Nos hemos intercambiado los papeles, aunque yo lo único que quiero es que no le hagan daño. Asimismo, sé que un remordimiento de conciencia —aun no tomando la decisión— le perturba casi todas las noches. Me siento mal, pero todo lo que hice fue para protegerle, porque no quería perderle.

—Está bien. Le llamaré y quedaré con él.

—¡Gracias!, ¡te quiero!

Me estruja entre sus brazos fuertes y apasionados. Su sonrisa alumbra hasta el lugar más oscuro y el brillo de sus ojos ancla en la llama que habita en mi corazón.

Esa misma tarde...

Está nervioso. Puedo notar lo desde aquí y eso que no estamos sentados en la misma mesa. Me deja espacio para que hable primero con él y, luego, ya hará su aparición estelar. No sé cómo se imagina esto, pero no lo veo tan claro como él. Espero equivocarme...

—Hola Carol, ¿estás bien?, ¿ese chico al que todavía no conozco te ha hecho algo?

—Nada de lo que preocuparte, Manu me trata muy bien.

—Pues tu cara no dice lo mismo... eras tú la que nos aconsejaba contar la verdad. ¿Qué te ocurre?

—Tengo que confesarte algo importante y que me gustaría que me entendieras porque lo que hice fue por protegerle.

—No te entiendo, cuéntame lo que quieras. Somos amigos.

—Cuando me llamaste porque Snake estaba peleándose con Richard, mi mundo se desmoronó, sobre todo cuando lo vimos tumbado en el suelo, lleno de sangre y herido. En la ambulancia luchaban por salvarle, había perdido mucha sangre y estaba débil. Tenía miedo de que si conseguía salir de aquella horrible situación y el juez o Sarah se enterasen, fueran a por él. Así que le pedí al enfermero hablar por teléfono con el médico. Sabes más bien que nadie que siempre he sido leal a mis principios y a la legalidad, pero con él, me salté ese paso. Richard murió ante nosotros porque así nos lo hizo ver el médico. Él estaba vivo, grave, pero vivo y yo era la única que lo sabía. Tenía que fingir un papel que me dolía en el alma solo de imaginarme que así fuera. Solo quería protegerle. No quería que le hicieran más daño porque no lo merece, ni tú tampoco, pero no podía arriesgarme. Él no supo nada hasta que me preguntó por ti y me preguntaba por qué no ibas a verle. Me llené de valor para contárselo, no podía dejar que dos amigos como vosotros os alejarais por mi culpa, solo por mi afán a proteger al hombre que amo. Perdóname, porque nunca debí quitarte el derecho a visitar a un amigo por miedo a perderle, pero así es la vida, defiendes y luchas por lo que más quieres, aunque la decisión, a veces, no sea la más acertada de todas.

—¿Richard está vivo?

—Sí. Está sentado allí —lo señalo—, no le echas la culpa, él no tuvo nada que ver.

Se levanta con el ceño fruncido y se acerca a él con paso firme. Me siento culpable por haberle ocultado la verdad y haberle hecho sufrir tanto, puesto que ellos, al final, eran como dos hermanos. Se tenían el uno al otro y, aunque empezaron con mal pie, terminaron queriéndose como tal. Les arrebaté tiempo por miedo; un tiempo que no podrán recuperar.

Le sigo pero me quedo distante cuando veo la fuerza con la que se abrazan. John no puede contener las lágrimas emotivas por el reencuentro y Richard, sigue queriendo ser su chulapa protector, aunque sí libera unas pocas incontrollables. Se separan para verse y, luego, vuelven a abrazarse. Lo definiría como una amistad verdadera, de esas irrompibles y que superan las peores atrocidades del mundo.

—Carol, ven.

Me acerco a ellos y John me sonríe sin poder dejar de llorar.

—Gracias por quererle tanto. Este gilipollas me dio demasiados dolores de cabeza, es hora de que alguien los aguante ahora por mí—dice chistoso.

—Es mi gilipollas favorito. —Le guiño un ojo y le doy un ligero empujón para que se siente y me deje sentar—. Ahora es apodado Manu, el mecánico más *sexy* del barrio.

—La verdad es que muchas chicas me llaman gilipollas por rechazarlas. No s  en qué piensan cuando se insinúan... lo más gracioso es que creo que se imaginan que voy a decirles que s .

—Sí claro, eso te lo est s inventando.

Se burla John. Yo también me rio, más sabiendo que es cierto lo que dice. Hay ciertas jovencitas que persisten en conquistarlo, pero las demás no. Está claro que debe exagerarlo, porque si no,  qu  sería de aquel chulapa que me conquistó?

—D selo t , no me cree.

—Cierto. Pero solo son dos o tres, no te creas el centenar que él extrema.

—Est  celosa.

Haberle contado a John toda la verdad me ha quitado un gran peso de encima y, además, ver el ambiente y las risas que estos dos se est n echando a mi costa, no tiene precio. Se echaban de menos y, por fin, se han reencontrado. Fui su separación, pero también su alianza. Todo pasa por alguna razón y la mía fue por protección, por verle feliz.

Después de reírnos un rato, John comienza a preguntarnos sobre su recuperación y si estaba todo bien. Richard es un chico fuerte y, aunque estuvimos varias semanas en el hospital, todo quedó en un susto del pasado. Sin embargo, sí que a Richard todavía le quedan momentos dolorosos por pasar, sobre todo, cuando le entregue lo que mis compañeros encontraron en el cuadro que cogimos para analizar. Solo de pensarlo, quiero llorar.

—Tu novia es de otro mundo, te lo digo yo. Aunque es una ventaja, nos burlamos de ella y no nos dice nada.

—Os estoy escuchando... —digo intentando alejar todo aquello que tengo que decirle y hacer.

—Parecías ida. ¿Ocurre algo?

—Nada, me alegra veros juntos y que os estéis burlando mucho de mí. ¿Me vais a invitar?

—A mi amor la invito siempre.

Me hace caras graciosas y John le imita. De nuevo risas y alegría. Estos dos juntos son como los payasos de un circo, te alegran el corazón al verles.

—Vamos, os voy a invitar al mejor pastel de la ciudad. Es una nueva elaboración de mi padre.

—¡Estaba deseándolo! —Palmeo de emoción—. Mi madre compraba vuestra mejor tarta, todos los años, para mi cumpleaños. No sé si esta superará a la antigua.

—¿Tu madre era clienta nuestra?

—Sí.

No tendría que haber sacado el tema. No me quiero poner sentimental.

—Anda, enséñame quién es.

Busco una foto suya y se la enseño. Asiente y sonrío.

—Era una mujer increíble. Recuerdo la tarta que siempre te pedía... y también las magdalenas de chocolate blanco que se compraba a escondidas. ¡Se las robabais!

—Cierto, si no recuerdo mal, creo que no llegaron ni a la cocina. Ya no traje más... —Sonrío con nostalgia.

—¿Qué le pasó? —pregunta Richard.

—Murió días antes de mi graduación. Todo fue muy repentino...

Tengo los tarjetones en las manos. Ya me los he repasado cantidad de veces. Ya me los sé, pero ese día estaré muy nerviosa y no sé si lo voy a hacer bien.

Veo a mi madre bajar cargada con la ropa sucia. Me levanto y la ayudo. Frota sus brazos. No se queja, ni tampoco expresa dolor. Siempre ha sido una mujer que ha preferido mantener oculto cualquier síntoma. No te enteras si le duele la garganta o ha cogido un virus. Podría decir que ese es su único defecto. También tiene derecho a que la cuidemos, aunque lo hacemos todos los días cuando nos abalanzamos sobre ella y nos la comemos a besos. Es un ritual que mi padre y yo nos inventamos cuando éramos pequeños y, ahora, ya adultos, seguimos haciéndolo.

Pone la lavadora y se sienta conmigo. Parece cansada y la hago recostarse en el sofá, apoyando su cabeza sobre mis piernas. Me pide que le cante nuestra canción “All of me” mientras acaricio su pelo corto y rizado. Es precioso, como ella.

Cuando cierra los ojos, me limito a hacer cualquier ruido. Sigo leyendo las tarjetas hasta que me quedo mirándola y veo que no se mueve. La zarandeo, le grito y es cuando me doy cuenta de que antes se estaba despidiendo de mí. Llamo a mi padre y mientras le espero, me arrodillo a su lado, llorando sobre su abdomen, aferrándome a sus manos...

—No lo sabía —dice Richard arrepentido por haber preguntado.

—No te preocupes.

Me abrazo a él y le quito importancia. Fue un momento duro del pasado. Fue un vacío que nadie, nunca, podrá llenar. Sin embargo, ahora soy feliz por tener a la persona que amo a mi lado, por tener un gran amigo y por tener al mejor padre del mundo. Por eso, debemos valorar lo que tenemos antes de que la vida nos haga añorar lo que tuvimos. Hay que disfrutar de esas personas, de esos momentos, de esos pequeños instantes... porque siempre serán el recuerdo más grande y hermoso que tendremos.

CAPÍTULO EXTRA 2

«Mamá»

Después de estar toda la tarde con John y reírnos, creo que es el momento de contarle todo a Richard. Le veo lavarse los dientes antes de venir a la cama, por lo que aprovecho para abrir mi carpeta y escucharle refunfuñar. Se lava rápido la boca y me mira.

—Dijiste una vez salimos del hospital que nada de trabajo en nuestros momentos de acurrucamiento.

—Esa palabra no existe.

—Pues yo la patento.

—No es trabajo —digo, sentándome en la cama—, me lo dieron mis compañeros. ¿Te acuerdas cuando fuimos a tu casa y encontramos la confesión de tu madre?

—Sí —dice, no sabiendo muy bien lo que le quiero decir.

—El cuadro no solamente contenía esta confesión. Dentro del mismo sobre, había una carta.

—¿Una carta?, ¿puedo verla?

Mira mis manos, ansioso. La dejo sobre la suyas y le doy un casto beso antes de dejarle solo, pero me lo impide.

—Quédate conmigo.

—Cómo tú quieras.

Me siento a su lado y comienza a leerla:

Querido Richard,

Quizás nunca te llegue esta carta, puesto que la voy a esconder detrás de nuestro cuadro especial; aquel que tanto te encanta, donde guardamos tus dibujos más especiales.

Perdóname, hijo. Perdóname por no tener el valor de ser sincera contigo, de no contarte nada de lo que está ocurriendo. Tengo miedo de

que Ronald se entere y te haga más daño del que me está haciendo a mí. Tú eres la única persona que me mantiene viva dentro de este infierno.

Muchas veces pienso en quitarme la vida, pero luego me arrepiento al sentir un gran vacío y una tristeza intensa al no tenerte a mi lado. Prefiero las violaciones, los insultos, los golpes, las amenazas... por tan solo verte un día más con vida.

Mi llama de vida, el amor de mi vida, mi eterna felicidad, mi brillante estrella fugaz. Eres tú el que me da fuerzas para aguantar. No sabes que tan bien acojo tus abrazos sin venir a cuento, tus besos juguetones, tus palabras cariñosas y tus «te quiero» más sinceros. Tal vez lo haces porque lo sabes —que es lo más seguro—, y quieres mantenerte al margen por si Ronald cumple con sus amenazas. No sabes cuánto te agradezco que no te involucres, puesto que te matarían y sería lo único que no me perdonaría.

Sé que, tarde o temprano, todo esto terminará. En este mismo sobre, hay guardada mi confesión; todo lo que sé y he averiguado sobre Ronald y su familia. No sé si llegarás a encontrar esta carta, aunque en el fondo de mi alma, espero que sí. Si la encuentras y yo ya no estoy, llévalo a la policía y sé más valiente que yo. Haz justicia.

Siento mucho que estés leyendo estas palabras y que no sea yo la que esté frente a ti para contártelo y decirte una vez más, que juntos saldremos adelante, como siempre hemos hecho y, también, que te quiero con toda mi alma.

Lucha y se valiente, como siempre has sido. Sé que algún día la felicidad te arropará para no soltarte. No desperdicies ningún momento y disfruta de cada instante como si fuera el último. No tengas miedo y enfréntate a todo aquello que te haga el alto. Sé tú mismo; sé el Richard que conozco. Vales oro, hijo, y no lo digo porque sea tu madre.

Seguramente te preguntarás por qué quiero que esto siga así o por qué elegí vivir mi vida así. Solo puedo decirte que lo único que he querido es que tú fueras feliz y que nada te hiciera daño; por eso, siempre elegí protegerte en vez de protegernos a ambos. Puede que sea una mala elección, pero siempre antepondría tu vida a la mía, porque como ya sabes: tú eres mi vida, mi única y verdadera vida.

Recuerda,

Tú sonrisa y amor, siempre habitará en mi corazón de manera infinita. Siempre juntos. Te quiero.

Mamá

CAPÍTULO EXTRA 3

«Despedida»

Necesito hacerlo, hablar con ella y llorar, una vez más, su injusta muerte. Carol me ha dicho que su cuerpo todavía está en manos de la policía. Después de hacer la autopsia y dudar de la sentencia, pidieron que la mantuvieran congelada. Gracias a ello, hoy, después de dar mil patadas, puedo darle el entierro que merece.

«Tu sonrisa y amor siempre habitarán en mi corazón de manera infinita. Siempre juntos».

Esa es la frase que he elegido para su lápida y que nos identifica a ambos. No hay amor más puro que el que una madre nos puede entregar, también un padre, pero no fue mi caso. Gracias a ella, me he convertido en la persona que soy ahora.

—¿Estás bien?

—No.

Hoy escondo al chulapa para ser yo mismo. Me da igual que todos me vean llorar y se burlen de mi tristeza. Carol me arregla la corbata y me aferro a su cuerpo que se complementa perfectamente al mío.

—Vamos.

Me da un beso dulce en la mejilla y vamos al cementerio, donde hay gente que ni siquiera esperaba ver. Me contengo para no echarlas de aquí. Todos ellos sabían que yo no la maté y ahora vienen como si nada. Carol aprieta mi mano con el intento de relajarme. Cojo aire para no armar un espectáculo y nos sentamos frente a su ataúd.

Dejo atrás todo lo demás, solo me centro en ella y en mí. El cura comienza con la pequeña misa y sus palabras me hacen recordar todos los buenos momentos que he pasado con ella. Limpio las lágrimas que no cesan y una mujer mayor me tiende un pañuelo. Nunca la he visto hasta que me quedo observándola y veo la mirada de John en sus ojos y unas

manos se posan sobre mis hombros. Sé que es él, sabía que su padre, su abuela y él me acompañarían en este momento importante para mí.

Al terminar, Carol se ha encargado de dejarme solo con ella. Me arrodillo a su lado, acariciando su fotografía.

—No sabes el dolor que siento ahora mismo al no tenerte a mi lado. —Acaricio su pelo—. No puedo reprocharte el no haberme contado nada porque yo hubiera hecho lo mismo por protegerte. —Acaricio sus mejillas—. Te echo mucho de menos. Necesito tus abrazos, tus charlas, tus carcajadas, tus estrujamientos tan agobiadores, pero a la vez tan acogedores, tus besos, tus ganas de vivir, tu poderosa sonrisa. Te necesito a ti... —Me desmorono, recostando mi cuerpo sobre el ataúd. No puedo con este dolor, con esta ausencia, ni siquiera me salen las palabras para decirle lo importante que es para mí—. Te quiero, mamá, te quiero mucho. No dejes de hacer latir mi corazón. Tú eres parte de él. Nunca me abandones. Te quiero, te quiero, te quiero...

Me abrazan por la espalda, sintiendo sus sollozos débiles y tristes. Presiona con sus frías manos mi pecho y las agarro. Siempre las tiene frías y, aun así, son caricias cálidas y llenas de amor.

—Ella también te quiere.

Besa mi nuca y apoya su cara en mi espalda.

—Gracias.

—Te quiero.

—Yo más.

CAPÍTULO EXTRA 4

«Declaración»

—Fue ese momento en el que mis ojos encontraron los tuyos en medio de la tormenta, en la que tú intentabas alumbrarme para poder encontrar el camino, no hacia la inocencia, sino hacia el perdón. Perdonarme a mí mismo, esa era mi misión. No era culpable por matar a mi agresor, sino que pagué por errar en no proteger a mi madre cuando debía. Tal vez no hubieran cambiado las cosas, pero quizás, ella todavía seguiría viva, no lo sé. Sé que ella me lo ocultó y que nunca pidió auxilio salvo ese día. Ella me enseñó a ser valiente y fuerte, puesto que la vida te pone retos que debes afrontar como en un campeonato; no para ser el mejor, sino para demostrarte a ti mismo que puedes con todo y que nadie debe pararte los pies. Los únicos que mandamos en nuestra vida somos nosotros mismos. A su lado fui feliz con nuestros pequeños y grandes momentos y, con Carol, contigo, estoy descubriendo otra especie de momentos, especiales y felices. Mi luz, mi esperanza, mi luchadora, mi mitad, mi chica carácter. —Sonrío al ver cómo limpia sus lágrimas emocionada—. El destino me llevó por un camino de espinas para encontrarme con mi mayor casualidad. Es como muchos llamarían el yin y el yang; después de algo malo, siempre viene algo bueno... aunque hubiera preferido teneros a las dos. —Respiro profundamente—. No hay tristeza sin felicidad, ni valor ante el miedo. Todos veían la coraza de Richard y solo los que me conocían sabían que estaba tiritando de pánico. Tú creíste en mí desde que me viste. Viste mi parte buena y, también, la que te sacaba de quicio. A veces no quería ser fuerte, ni tampoco vivir. Sin embargo, luché y no me dejé vencer. —Los miro a todos, expectantes a mis palabras—. Vivir, al principio, con ella, al final. Te quiero y quiero seguir haciéndolo el resto de mi vida.

Nos fundimos en un abrazo para luego ponerle delicadamente el anillo que nos ha traído nuestra hija. Es todo un placer que ella sea la portadora

de nuestras alianzas. Nuestra pequeña Marilyn; el fruto de nuestro amor y la que me ha robado medio corazón. Las amo.

Recuerdo el día en que nació. Fue tan angustioso como sorprendente, porque Marilyn no era ella, era él. Derek, le pusimos.

—Y aquí está el desayuno para mi hermosa princesa.

Acaricio su barriga. Siento las patadas intensas de nuestro pequeño futbolista.

—Hoy está muy revoltoso. No me ha dejado dormir en toda la noche.

Estamos en los últimos días de embarazo. Dentro de dos días salimos de cuentas y Carol está muy nerviosa. Es una campeona y voy a estar a su lado en todo momento, aunque sé que eso no la tranquiliza. Ellas son las únicas que saben lo doloroso que puede llegar a ser.

—Robert..., creo que deberíamos ir al hospital.

La miro perplejo queriendo asimilar lo que acaba de decir. Aprieta fuerte mi mano y corro a su lado para ayudarla. Intenta caminar lo más rápido que puede. El coche ya está preparado desde hace meses. No quería que nos pillara por sorpresa y agradezco haberlo tenido todo a tiempo. Carol respira y yo la ayudo. La imito y aferra su mano a la mía. No le digo nada, sé que ella agradece más el silencio y el contacto que lo que pueda decirle. Siempre dice que con solo mirarme sabe lo que quiero decirle, por lo que dejo que ella misma adivine lo que pienso.

Por suerte, encuentro un hueco vacío cerca de urgencias de maternidad. La ayudo a bajar del coche y entramos. No sé por qué comienzo a gritar si ya nos han visto. ¡Estoy nervioso y asustado! Hoy, por fin, podré ver a Derek.

La enfermera me da una bata verde, peucos, gorro y mascarilla. Con rapidez me lo pongo todo y entro al paritorio. Ni siquiera se esperan, por lo que he oído, está bastante dilatada. Mi corazón va a mil por hora.

Carol busca mi mano y yo la agarro fuerte. Está todo listo. Las enfermeras se ponen al lado y nos miran con ternura. Carol grita y el médico le pide que empuje. Es un momento duro. Sufro por ella, por él. Sufro al no poder hacer nada, para mí es una valiente. Mis lágrimas inundan y bañan mi cara al ver sus ojos llorar y al escuchar el llanto de nuestro pequeño. Cae rendida en la cama y beso su frente.

—Te quiero, te quiero —digo mientras vemos cómo la enfermera se acerca con nuestro precioso bebé.

—Parece que nos ha engañado durante todo este tiempo.

Ambos le miramos sin entender.

—Es una niña.

Nos reímos entre lloros y Carol le pide a la enfermera que sea yo quién coja a la niña por primera vez. Mi cuerpo ha comenzado a temblar. La pego a mi pecho y no dudo en desbordarme.

—Te quiero mi niña.

Beso su cabeza, disfrutándola ese pequeño instante, antes de que se la lleven.

Fue el mayor regalo que me pudo hacer Carol. Sentirla nada más nacer es una sensación única. Ni siquiera podía identificar mis emociones, estaban todas entremezcladas. Solo tenía ganas de llorar. Estaba y estoy feliz.

"Cuando un recién nacido aprieta con su pequeño puño, por primera vez, el dedo de su padre, lo tiene atrapado para siempre."

Gabriel García Márquez

BIOGRAFÍA



Mi nombre es Pilar Cháfer Guillén, pero todos me suelen llamar Pili o Vivi, de Vivirlocamente, que es mi usuario en Wattpad, el mundo naranja donde todo comenzó.

Soy de L'Olleria, un pueblo de la provincia de Valencia. Tengo 29 años, aunque debo decir estoy llena de sueños y esperanzas llenas de ilusión por conseguirlos.

Soy Técnico en Educación Infantil y, también, graduada en Magisterio en Educación Infantil. Docente de vocación y es que los más pequeños nos llenan la vida de vitalidad, inocencia, sonrisas y amor.

En cuanto a la literatura, como he dicho antes, en Wattpad fue donde comenzó todo; donde pude juntar ser lectora y publicar mis propias historias; y es que ya lo dicen: la unión hace la fuerza.

Después de publicar mis primeras historias como “Mi sueño hecho realidad”, “Lucharé por ti” y “¿Destino o casualidad?”, vino la saga que tantas alegrías me dio y me sigue dando. 7 libros la componen: “No me olvides”, “Encuéntrame”, “Sálvame” (que está publicado en Amazon), “Recuérdame”, “La fuerza del hilo rojo”, “No tientes a la suerte” y “Fuiste tú, Sábado”, ésta última está en proceso.

Tras terminar “No tientes a la suerte” parecía que ya no iba a volver a escribir y, después de meses y meses sin escribir apenas nada, apareció Richard para devolverme de nuevo las ganas para escribir. Fue muy especial escribir “Culpable”, la historia de Richard, pues nos lleva a un mundo que conmueve donde las injusticias se hacen presentes y el amor, como bien dice, mueve mundos y corazones.

Para finalizar, tal y como se ha mostrado en casi todos los libros, para mí, la familia y los amigos son una de las cosas más importantes y que más valoro, porque están en las buenas y en las no tan buenas, de manera incondicional, infinitamente.

